Ind 86-B
№ 265

LOS SEIS LIBROS
DE
GALATEA.

TOMO. I.

LOS SEIS LIBROS

DE

GALATEA.

ESCRITA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

DIVIDIDA EN DOS TOMOS.

CORREGIDA E ILUSTRADA CON LAMINAS FINAS.

TOMO I.

EN MADRID
POR *DON ANTONIO DE SANCHA.*
AÑO DE M. DCC. LXXXIV.
Se hallará en su Librería, en la *Aduana Vieja.*
Con las Licencias necesarias.

AL EX.MO SEÑOR DON JOSEPH MOÑINO,

CONDE DE FLORIDA-BLANCA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE CARLOS TERCERO, CONSEJERO DE ESTADO DE S. M. SU PRIMER SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO, SUPERINTENDENTE GENERAL DE CORREOS TERRESTRES Y MARITIMOS, DE LAS POSTAS Y RENTA DE ESTAFETAS EN ESPAÑA Y LAS INDIAS, Y DE LOS CAMINOS DE ESPAÑA: ENCARGADO INTERINAMENTE DE LA SECRETARIA DE ESTADO Y DEL DESPACHO DE GRACIA Y JUSTICIA, Y DE LA SUPERITENDENCIA DE LOS POSITOS DEL REYNO.

EX.MO SEÑOR.

OFREZCO á V. E. los seis libros de la Galatea, primera produccion del ingenio de

Miguel de Cervantes, divididos en dos tomos; y otro igual, que contiene el famoso Viage al Parnaso, á el que he añadido la Tragedia de la Numancia, y la Comedia de los Tratos de Argel, cuyas dos obras no han sido jamas impresas: estos tres tomos siguen el mismo tamaño y forma que los trabajos de Persiles y Segismunda, y las Novelas, que tuve la honra de ofrecer á V. E. y en breve seguirá la Historia de Don Quixote, para completar esta Coleccion. Espero de la bondad de V. E. aceptará benignamente este corto don que le consagra

Su mas obligado y reconocido servidor

Antonio de Sancha.

DEDICATORIA
AL ILUSTRISIMO SEÑOR ASCANIO COLONA, ABAD DE SANTA SOFIA.

HA podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el estremado de V. S. I. no solo vino á España para ilustrar las mejores Universidades della, sino tambien para ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de la poesía se exercitan) no he querido perder la ocasion de seguir esta guia, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hagale V. S. I. bueno á mi deseo, el qual envio delante para dar algun ser á este mi pequeño servicio: y si por esto no lo mereciere, merezcalo á lo menos por haber seguido algunos años las vencedoras vanderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que fue el excelentisimo padre de V. S. I. Juntando á esto el efeto de reverencia que ha-

cian en mi ánimo las cosas, que como en profecia oí muchas veces decir de V. S. I. al Cardenal de Aquaviva, siendo yo su camarero en Roma: las quales ahora no solo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, christiandad, magnificencia y bondad de V. S. I. con que da cada dia señales de la clara y generosa estirpe do deciende: la qual en antigüedad compite con el principio y Principes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heroycas obras con la mesma virtud, y mas encumbradas hazañas: como nos lo certifican mil verdaderas historias, llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la Real casa Colona: debaxo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan; aunque si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer, ni mas que desear, sino que nuestro Señor guarde la Ilustrisima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

Ilustrisimo Señor

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,

Miguel de Cervantes Saavedra.

CO-

COMISION.

POR mandado de los Señores del Real Consejo he visto este Libro intitulado : *Los seis Libros de Galatea*, y lo que me parece es que se puede y debe imprimir, atento á ser tratado apacible, y de mucho ingenio, sin perjuicio de nadie, asi la prosa como el verso : antes por ser libro provechoso, de muy casto estilo, buen romance y galana invencion, sin tener cosa mal sonante, deshonesta, ni contraria á buenas costumbres, se le puede dar al autor en premio de su trabajo el privilegio y licencia que pide. Fecha en Madrid á primero de Febrero de M. D. LXXXIV.

Lucas Gracian Dantisco.

CURIOSOS LECTORES.

La ocupacion de escribir Eglogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenido por exercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél, estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, solo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan della, se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores della. Para lo qual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones: demas de que no

no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo mas que medianos provechos : como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la eloqüencia que en ella cabe para empresas mas altas y de mayor importancia, y abrir camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguage antiguo quieren que se acabe la abundancia de la Lengua Castellana, entiendan que tiene campo abierto, facil y espacioso, por el qual con facilidad y dulzura, con gravedad y eloqüencia pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que en la fertilidad de los ingenios Españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra, de lo qual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de glo-

gloria, se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso, y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razon para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro, sino porque no sabria determinarme destos dos inconvenientes qual sea el mayor, ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recebido temprano, se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos, ó el que de puro escrupuloso, perezoso y tardio, jamas acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo solo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera, que asi como la osadia y confianza del uno podria condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede : asi mesmo el recelo y la tardanza del otro, es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y exemplos semejantes para pasar adelante en sus exercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro,

bro, ni tampoco quise tenerle para mí solo mas tiempo guardado, pues para mas que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el principe de la poesía Latina fue calumniado en algunas de sus Eglogas por haberse levantado mas que en las otras, y asi no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofia entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á mas que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace) que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito, queda llana esta objeccion. Las demas que en la invencion y en la disposicion se pudieren poner, disculpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de mas gusto, y de mayor artificio.

DE

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO AL AUTOR.

SONETO.

MIENTRAS del yugo Sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y alli tu alma al de la fe amarrada
A mas rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozose el cielo; mas la tierra estuvo
Casi viuda sin tí, y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas barbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo,
Gozase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE D. LUIS DE VARGAS MANRIQUE

SONETO.

HICIERON muestra en vos de su grandeza,
Gran Cervantes, los Dioses soberanos,
Y qual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza
De palabras que mueven pedernales,
Diana en exceder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Venus todos sus amores.
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE

DE LOPEZ MALDONADO

SONETO.

SALEN del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera,
Los hijos della largo tiempo agenos.
Con su partida no la hacen menos,
Ni con su vuelta mas soberbia y fiera,
Porque tiene quedandose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.
La mar sois vos, ó Galatea estremada,
Los rios, los loores, premio y fruto
Con que alcanzais la mas ilustre vida:
Por mas que deis, jamas sereis menguada,
Y menos quando os den todos tributo,
Con él vendreis á veros mas crecida.

LIBRO PRIMERO
DE LA
GALATEA.

MIENTRAS que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mio,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el rio,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frio
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al rio, al monte, al prado, al llano.

Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este rio, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado:
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado;
Y asi un pequeño alivio al dolor mio
No hallo en monte, en llano, en prado, en rio.

Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que á los Dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que asi ofendiera como á mí me ofende,
Al sugeto sin par que me sujeta;
Mas contra una alma, que es de marmol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo, y flecha.

Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,
Y á la red invisible poco temo,
Y el rigor de la flecha no me espanta:
Por esto soy llegado á tal extremo,
A tanto daño, á desventura tanta,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta, la red, el lazo, el fuego.

Esto cantaba Elicio pastor en las riberas de Tajo, con quien naturaleza se mostró tan liberal, quanto la fortuna y el amor escasos; aunque los discursos del tiempo consumidor y renovador de las humanas obras, le truxeron á términos, que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se habia visto, y en los que su deseo le habian puesto, por

la

la incomparable belleza de la sin par Galatea, pastora en las mismas riberas nacida; y aunque en el pastoral y rústico exercicio criada, fue de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la corte acostumbradas, se tuvieran por dichosas de parecerla en algo asi en la discrecion, como en la hermosura, por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea habia adornado. Fue querida, y con entrañable ahinco amada de muchos pastores, y ganaderos, que por las riberas de Tajo su ganado apacentaban: entre los quales se atrevió á quererla el gallardo Elicio, con tan puro y sincero amor, quanto la virtud y honestidad de Galatea permitia. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio, ni menos que le amase; porque á veces casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio, con algun honesto favor le subia al cielo: y otras veces, sin tener cuenta con esto, de tal manera le desdeñaba, que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocia. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse, ni la hermosura, gracia y bondad de Galatea pa-

ra no amarse. Por lo uno, Galatea no desechaba de todo punto á Elicio. Por lo otro, Elicio no podia, ni debia, ni queria olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea, que pues Elicio con tanto miramiento de su honra la amaba, que seria demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginabase Elicio, que pues Galatea no desdeñaba sus servicios, que tendrian buen suceso sus deseos; y quando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallabase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea lo que con tanta dificultad encubria. Pero la discrecion de Galatea conocia bien en los movimientos del rostro, lo que Elicio en el alma traía; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedabase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacia agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transformase. Con estos altibaxos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perder-

derla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y asi un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallandose en medio de un deleytoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleytoso arroyuelo que por el llano corria, sacando de su zurron un polido rabel (al son del qual sus querellas al cielo cantando comunicaba) con voz en extremo buena cantó los versos siguientes.

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvio,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfia)
No huyas el alegria,
Ni menos cierres la puerta
Al llanto que amor envia.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,
No la lleves tan corrida,
Ni subas do no se espera,

Sino muerte en la caída:
Esa vana presuncion
En dos cosas parará,
La una en tu perdicion,
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y pagalo él,
Huyes dél, y si pretendo
Recogerte un poco en él,
Ni te alcanzo, ni te entiendo:
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Sino fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso, y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura,
Que no es posible que sea
Del tal juzgado á locura
El brio de que se arrea;
Y que en tan alta ocasion,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion,

Quanto mas si le conviene
Al alma, y al corazon.

Yo lo tengo asi entendido;
Mas quiero desengañarte,
Que es señal ser atrevido,
Tener de amor menos parte
Que el humilde y encogido:
Subes tras una beldad
Que no puede ser mayor:
No entiendo tu calidad,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sugeto levantado,
Contemplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira:
Quanto mas que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante

El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante,
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante:
Pero no se te dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dexára tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, sino sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hácia el lugar donde estaba se venia. Era Erastro un rústico ganadero; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciendole querer mas que á su vida á la hermosa Galatea, á la qual sus querellas, quando ocasion se le ofrecia, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que quando en ellas hablaba, parecia que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las proferia; pero con todo eso (puesto que de Galatea eran

es-

escuchadas) eran en aquella cuenta tenidas, en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendia del ingenio de Galatea, que á cosas mas altas la inclinaba, antes tenia lástima y envidia á Erastro: lástima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos: envidia por parecerle que quizá no era tal su entendimiento, que diese lugar al alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venia Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debaxo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgandose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condicion y ánimo merecia: á quien llamaba Leon, á quien Gavilan, á quien Robusto, á quien Manchado; y ellos como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniendose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentian. De esta manera llegó Erastro, adonde de Elicio fue agradablemente recebido y aun rogado, que si en otra parte no ha-

habia determinado de pasar el sol de la calurosa siesta, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarla en su compañia. Con nadie, respondió Erastro, la podria yo tener mejor que contigo, Elicio: si ya ni fuese con aquella que está tan enrobrescida á mis demandas, quan hecha encina á tus continuos quexidos. Luego los dos se sentaron sobre la menuda yerba, dexando andar á sus anchuras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas yerbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales, conocia claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocia esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dixo las siguientes.

No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre, el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamas imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consuma y acabe mis retozadores chibatos y mis ternezuelos corderillos; quando dexaren las tetas de

de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse, sino amargas tueras, y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ansias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé que bebedizos de paciencia: los otros dicen, que me encomiende á Dios que todo lo cura, ó que todo es locura.

Permiteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades, y extremadas gracias, y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento: que puesto que no me la dieses, tan imposible seria dexar de amarla, como hacer que estas aguas no mojasen, ni el sol con sus peynados cabellos no nos alumbrase. No pudo dexar de reirse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedia: y asi le respondió. No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea: pésame bien de entender de su condicion, que podran poco para con ella tus ver-

verdaderas razones y no fingidas palabras: dete Dios tan buen suceso en tus deseos, quanto merece la sinceridad de tus pensamientos: y de aqui adelante no dexes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan: antes te ruego, por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad; pues de la mia puedes estar tan seguro, como te he certificado: anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados: tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena, que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare: yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los mios.

Y para señal de nuestro buen propósito, y verdadera amistad, entanto que se hacen mayores las sombras destos árboles, y el sol hácia el ocidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al exer-

ci-

cicio que de aqui adelante hemos de tener. No se hizo de rogar Erastro, antes con muestras de estraño contento por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña, y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue.

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el dia
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol escurecia:
Tu sosiego cruel, qual de serpiente
En las rubias madejas se escondia,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Quando de Galatea el extremado
Donayre vi, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro (ay muerte dura!)
Haciendome una puerta por do entráse
Galatea, y el alma me robáse.

ELI-

ELICIO.

Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue;
Y de la llaga interna que le has hecho,
Crecida gloria muestra que consigue?
Cómo el daño que haces es provecho?
Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efetos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Quantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve, y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno

La

La voz qual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que ví quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos megillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus marabillas,
Dos rayos, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, y si hay decillas,
Mil gracias, que no tienen par ni cuento,
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy lejos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Súbome al cielo, báxome al abismo,
Quiero lo que aborrezco, blando y fiero;
Me pone el amaros parasismo:
Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo, Elicio, que le diera
Todo quanto en la vida me ha quedado
A Galatea, porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado:
Y despues del ganado, le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado;
Pero como ella debe de ser diosa,
El alma querrá mas que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro, el corazon que en alta parte
Es puesto por el hado, suerte ó sino,
Quererle derribar por fuerza, ó arte,
O diligencia humana, es desatino:
Debes de su ventura contentarte,
Que aunque mueras sin ella, yo imagino
Que no hay vida en el mundo mas dichosa,
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, quando sintieron por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido: y levantandose los dos en pie por ver lo que era, vieron que

que del monte salia un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada: y que tras él venia otro ligero pastor, que á pocos pasos alcanzó al primero, y asiendole por el cabezon del pellico, levantó el brazo en el ayre quanto pudo, y un agudo puñal que sin vayna traía, se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo: recibe, ó mal lograda Leonida, la vida de este traydor, que en venganza de tu muerte sacrifico. Y esto fue con tanta presteza, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbarselo, porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras: dexárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con mas largo arrepentimiento el agravio que te hice, y despues quitárasme la vida, que ahora por la causa que he dicho, mal contenta destas carnes se aparta: y sin poder decir mas, cerró los ojos en sempiterna noche. Por las quales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa habia el otro pastor executado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntar-

selo al pastor homicida ; pero él con tirado paso , dexando al pastor muerto , y á los dos admirados , se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle , y saber dél lo que deseaba , le vieron tornar á salir del bosque , y estando por buen espacio desviado de ellos , en alta voz les dixo : perdonadme , comedidos pastores , si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traydor tenia concebida, no me dió lugar á mas moderados discursos : lo que os aviso es , que si no quereis enojar á la deydad que en el alto cielo mora , no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traydora de aquese cuerpo que delante teneis, ni á él deis sepultura, si ya aqui en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traydores : y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese, y asi se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio , y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente habia acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fue á su ca-

ba-

baña, que no lejos estaba, y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso, se volvieron á sus ganados, y recogiendolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á mas andar por las puertas del ocidente, se recogieron á sus acostumbrados alvergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedian, podian apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dexado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solia, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar, adonde en el silencio de la noche con mas quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos

corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes ó alegres. Y asi yéndose poco á poco, gustando de un templado zefiro que en el rostro le heria, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el ayre delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbase de oir lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas de él estaban, la entristecida voz salia; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba. Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo: de qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado; porque no hay cosa mas fuera de remedio, que nuestra desventura; pues quien la pudiera hacer buena, la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carni-

nicero cuchillo, que se la quitase por la traycion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leonida, si en la celeste parte donde mora, puede caber deseo de venganza alguna. Ha Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oidas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traycion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, asi como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leonida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida, con el que de tu muerte recibo; pues seria poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, como este miserable cuerpo quedará un dia consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien ansi como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito, ni levantar llama en alto, entre sí mesma se consume, sin dexar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme quan-

to puede dolerme, ó alma del alma mia, que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenian; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mia rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos. A este punto cesó la voz, por la qual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podria saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar mas cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y quiso escuchar primero, si al son dél alguna cosa diria: y no tardó mucho, que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba.

LISANDRO.

O alma venturosa,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste,
Dexando en tenebrosa

Car-

Carcel de desconsuelo
Mi vida, aunque contigo la llevaste!
Sin tí, escura dexaste
La luz clara del dia,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el mas firme asiento de alegria:
En fin con tu partida
Quedó vivo el dolor, muerta la vida.

Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El mas subido extremo de belleza,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenian encerrada su riqueza:
Con presta ligereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.

Cómo pudo la mano
Inexôrable y cruda,

Y el intento cruel, facinoroso
Del vengativo hermano,
Dexar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso?
Porqué turbó el reposo
De nuestros corazones?
Que si no se acabaran,
En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
Ay fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva!

En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina
Los años pasará, meses y dias:
La tuya en gozo eterno,
Y edad firme y contina
No temerá del tiempo las porfias:
Con dulces alegrias
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla,
De quien tanto te amó debes tenerla.

Mas, ó quan simple he sido,
Alma bendita y bella!
De pedir que te acuerdes ni aun burlando
De mí que te he querido,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando:
Mejor es, que pensando
Que soy de tí olvidado,
Me apriete con mi llaga,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado,
Con tan estraña suerte,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro
Con otras almas santas,
Alma, de aquel seguro bien eterno,
Alto, rico tesoro,
Mercedes, gracias tantas,
Que goza el que no huye el buen sendero:
Alli gozar espero,
Si por tus pasos guio,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto, ni desvio;
A esto me encamina,

Pues

Pues será hazaña de tus obras dina:

Y pues vosotras, celestiales almas,
Veis el bien que deseo,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aqui cesó la voz, pero no los suspiros del desdichado que cantado habia, y lo uno y lo otro fue parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quien era. Y rompiendo por las espinosas zarzas, por llegar mas presto á do la voz salia, salió á un pequeño prado, que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido, en el qual vió un pastor que con extremado brio estaba con el pie derecho delante, y el izquierdo atrás, y el diestro brazo levantado á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro. Y asi era la verdad, porque con el ruido que Elicio al romper por las matas habia hecho, pensando ser alguna fiera (de la qual convenia defenderse el pastor del bosque) se habia puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenia. Elicio, conociendo por su apostura su intento, antes que le efetuase, le dixo: sosiega el pecho, lastimado

do pastor, que el que aqui viene, trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres, y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas, y turbar el alivio que de estar solo se te podria seguir. Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor, y con no menos blandura le respondió, diciendo: tu buen ofrecimiento agradezco, qualquiera que tú seas, comedido pastor; pero si ventura quieres saber de mí que nunca la tuve, mal podrás ser satisfecho. Verdad dices, respondió Elicio, pues por las palabras y quejas que esta noche te he oido, muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes; pero no menos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos, que con declararme tus contentos; y asi la fortuna te los dé en lo que deseas, que no me niegues lo que te suplico, si ya el no conocerme no lo impide; aunque para asegurarte y moverte, te hago saber que no tengo el alma tan contenta, que no sienta en el punto que es razon las miserias que me contares: esto te digo, porque sé que no hay cosa mas escusada y aun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos. Tus buenas razones me obli-

obligan, respondió el pastor, á que te satisfaga en lo que me pides, asi porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oido, como porque conozcas que aun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. Elicio se lo agradeció mucho, y despues de haber pasado entre los dos mas palabras de comedimiento, dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque, y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos, vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentandose los dos sobre la verde yerba, cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana, que en claridad aquella noche con su hermano competir podia, el pastor del bosque, con muestras de un tierno dolor comenzó á decir desta manera.

En las riberas de Betis, caudalosísimo rio, que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que este es el nombre desdichado mio) y de tan nobles padres, qual pluguiera al soberano Dios, que en mas baxa fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linage pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osá-

osára jamas levantarlos, y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás, si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leonida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra segun yo imagino pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecian. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los mas principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo, la envidia, enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos zizaña y mortalísima discordia; de manera, que el pueblo fue dividido en dos parcialidades, la una seguia la de mis parientes, la otra la de los de Leonida, con tan arraigado rencor y mal ánimo, que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte, para echar de todo punto el sello á nuestra amistad, que yo me enamorase de la hermosa Leonida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario, y fue mi amor tan de veras, que aunque procuré con infinitos

tos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venia á parar á quedar mas vencido y sujeto. Poniaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como eran el mucho valor de Leonida, la endurecida enemistad de nuestros padres, las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecian para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, quando ponia los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leonida, qualquiera dificultad se allanaba, de suerte que me parecia poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

Habiendo pues por muchos dias combatido conmigo mesmo por ver si podria apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria á considerar con qual podria dar á entender á Leonida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en qualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos, hasta que el mesmo amor, quando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están mas cerradas, y asi se pareció en

en mí, pues guiado por su pensamiento el mio, vine á imaginar que ningun medio se ofrecia mejor á mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en grande extremo amiga de Leonida, y muchas veces la una á la otra en compañia de sus padres en sus casas se visitaban. Tenia Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leonida, cuya bizarria y aspereza de costumbres le habian dado renombre de cruel, y asi de todos los que le conocian, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni mas ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del qual y de Silvia (por parecerme que me convenia) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fue mas firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacia obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas

tas gracias adornada, que la dureza del crudo corazon de Crisalvo se movió á amarla: y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de alli á muchos dias, y yá que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un dia ofreciendoseme comodidad, con las mas tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciendole que aunque era tan profunda y peligrosa, no la sentia tanto, solo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiendole ansi mismo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leonida: y que pues era causa tan justa y buena, no se habia de desdeñar de tomarla á su cargo. Enfin por no serte prolixo, el amor me ministró tales palabras que le dixese, que ella vencida de ellas, y mas por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leonida lo que yo por ella sentia, prometiendo de hacer por mí todo quanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacia dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros pa-

padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leonida conmigo se casase. Movida pues con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurriendo consigo qué entrada tendria para con Leonida, me mandó que le escribiese una carta, la qual ella se ofrecia á darla quando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leonida. No, dixo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dexes de decir la carta que á Leonida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella grangeaste, no me lo niegues ahora en no decirmela. Bien dices, ami-

go, respondió Lisandro, que yo estaba entonces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fue harto acertamiento que Leonida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto deseas saberlas, decia de esta manera.

LISANDRO A LEONIDA.

Mientras que he podido (aunque con grandísimo dolor mio) resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, ó hermosa Leonida, me abrasa, jamas he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo; mas ya que es consumida aquella virtud que hasta aqui me ha hecho fuerte, hame sido forzoso descubriendo la llaga de mi pecho, tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero, tú lo sabes, y de ser el último está en tu mano, de la qual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los quales y el fin adonde se encaminan, conocerás de Silvia que esta te dará; y pues ella se ha atrevido, con

con ser quien es, á llevartela, entiende que son tan justos, quanto á tu merecimiento se deben.

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro, el qual prosiguiendo la historia de sus amores, dixo: no pasaron muchos dias sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leonida, por medio de las piadosas de Silvia, mi verdadera amiga: la qual, junto con darsela, le dixo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leonida habia recibido, como fue decirle quanto bien se seguiria, si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa, y que el fin de tan buena intencion la habia de mover á no desechar mis deseos; quanto mas que no se debia compadecer con su hermosura, dexar morir sin mas respeto á quien tanto como yo la amaba, añadiendo á estas otras razones que Leonida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida, y á los primeros pasos alcanzada, no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto, por intercesion de Silvia, que á ello le forzó, res-

pondió con esta carta que ahora te diré.

LEONIDA A LISANDRO.

Si entendiera, Lisandro, que tu mucho atrevimiento habia nacido de mi poca honestidad, en mí mesma executara la pena que tu culpa merece; pero por asegurarme de esto, lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que mas ha procedido tu osadia de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la qual tengo mas queja por haberme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener mas cuenta con mi honra, que con tus vanidades.

Esta fue la respuesta de Leonida, la qual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecia algo áspera, me hizo tener por el mas bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban,

no

no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensages, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamas pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo qual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores habia tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un dia de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales mas diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenia contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los quales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mesmo punto se vengase de entrambos, por el mas cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenia por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus

pensamientos con Silvia ; y era de suerte su amistad , que todas las veces que Leonida venia á casa de Silvia , Carino la acompañaba; por la qual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta , pues era mi amigo , de los amores que yo con Leonida trataba , que en aquella sazon andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesion de Silvia , que ya no esperabamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos: los quales sabidos de Carino , me tomó por instrumento para hacer la mayor traycion del mundo. Porque un dia (haciendo del leal con Crisalvo , y dándole á entender que tenia en mas su amistad que la honra de su parienta) le dixo , que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorecia , era por estar de mí enamorada , y que él lo sabia infaliblemente, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto , que si él no hubiera estado ciego de la pasion amorosa , en mil señales lo hubiera ya reconocido ; y que para certificarse mas de la verdad que le decia, que de alli adelante mirase en ello , porque veria claramente como sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió

bió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió. De alli adelante Crisalvo traía espias, por ver lo que yo con Silvia pasaba: y como yo muchas veces procurase hallarme solo con ella para tratar, no de los amores que él pensaba, sino de lo que á los mios convenia, éranle á Crisalvo referidas, con otros favores que de limpia amistad procedidos, Silvia á cada paso me hacia. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados, que muchas veces procuró matarme, aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion, sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser él hermano de Leonida, tenia yo mas cuenta con guardarme, que con ofenderle, teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba, tendrian fin nuestras enemistades, de lo que él estaba bien ageno, antes se pensaba que por serle yo enemigo habia procurado tratar amores con Silvia, y no porque yo bien la quisiese: y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio, aunque él tenia tan poco, que poco era menester para acabarselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á

aborrecer á Silvia tanto quanto la habia querido, solo porque á mí me favorecia no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decia; y asi en qualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decia mal de Silvia, dándole títulos y renombres deshonestos. Pero como todos conocian su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio habia concertado Silvia con Leonida, que los dos nos desposásemos, y que para que mas á nuestro salvo se hiciese, seria bien que un dia que con Carino Leonida viniese á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde alli en compañia de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes mios vivian, en cuya casa con mas quietud podiamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leonida no fuesen contentos, á lo menos estando ella ausente seria mas facil el concertarse. Tomado pues este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestras de grandísimo ánimo, que llevaria á Leonida á la otra aldea, como ella fuese contenta.

ta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dixe, los abrazos que le dí, me parece que bastáran á deshacer en un corazon de acero qualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traydor de Carino, echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debia, ordenó la traycion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leonida, y viendo ser conforme á la que Silvia le habia dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del dia entendiesen que habia de ser escura, se pusiese por obra la ida de Leonida, ofreciendose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

Despues de hecho este concierto que has oido, se fue á Crisalvo segun despues acá he sabido, y le dixo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche habia determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecia coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios habia hecho, en

en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le habia hecho en quitarle á Silvia, pues por solo mi respeto le dexaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho menos á otro corazon no tan cruel como el suyo, moviera á qualquier mal pensamiento. Llegado pues ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dexando dicho á Carino no lo que hizo, sino lo que habia de hacer, me fuí á la otra aldea á dar orden como recibir á Leonida. Y fue el dexarla encomendada á Carino, como quien dexa á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. Ay amigo! que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, quanto mas lengua para decirlo! Ay mal aconsejado Lisandro! cómo, y no sabias tú las condiciones dobladas de Carino? Mas quién no se fiára de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras? Ay mal logiada Leonida! quan mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogerme por tuyo!

yo! Enfin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino habia de traer consigo á Leonida á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debia de tener por enemigo, aunque él se lo encubria debaxo de su falsa acostumbrada disimulacion, el qual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañia, porque determinaba llevar una pastora, su aficionada, á la aldea que te he dicho, donde pensaba desposarse con ella. Libeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañia. Despidióse Leonida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que habia de ser la última despedida. Debia de considerar entonces la sin ventura la traycion que á sus padres hacia, y no la que á ella Carino le ordenaba, y quan mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenia. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos, forzada del enamorado que la vencia, se entregó á la guardia de Carino, que adonde yo la aguardaba la truxese. Quantas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el dia que le

le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdome que saliendo del aldea un poco antes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pie de un alto fresno en el mesmo camino por donde Leonida habia de venir, esperando que cerrase algo mas la noche para adelantarme y recibilla, y sin saber como y sin yo quererlo me quedé dormido; y apenas hube entregado los ojos al sueño, quando me pareció que el arbol donde estaba arrimado, rindiendose á la furia de un recísimo viento que soplaba, desarraigando las hondas raices de la tierra, sobre mi cuerpo se caía, y que procurando yo evadirme del grave peso, á una y á otra parte me revolvia: y estando en esta pesadumbre, me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la qual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese, apartase de mis hombros la pesada carga; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo, al mismo instante salió un fiero leon del bosque, y cogiendola entre sus agudas uñas, se metia con ella por el bosque adelante; y que despues que con gran trabajo me habia escapado del grave peso,

la

la iba á buscar al monte , y la hallaba despedazada y herida por mil partes : de lo qual tanto dolor sentia , que el alma se me arrancaba solo por la compasion que ella habia mostrado de mi trabajo ; y ansi comencé á llorar entre sueños, de manera que las mismas lágrimas me despertaron ; y hallando las megillas bañadas del llanto , quedé fuera de mí, considerando lo que habia soñado ; pero con la alegria que esperaba tener de ver á mi Leonida , no eché de ver entonces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de alli á poco rato despierto me habia de suceder. A la sazon que yo desperté , acababa de cerrar la noche con tanta escuridad , con tan espantosos truenos y relámpagos , como convenia para cometerse con mas facilidad la crueldad que en ella se cometió. Asi como Carino salió de casa de Silvia con Leonida , se la entregó á Libeo , diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho; y aunque Leonida se alteró de ver á Libeo, Carino la aseguró que no era menor amigo mio Libeo que él propio , y que con toda seguridad podia ir con él poco á poco entanto que él se adelantaba á darme á mí las nue-

vas

vas de su llegada. Creyó la simple, enfin como enamorada, las palabras del falso Carino, y con menor recelo del que convenia, guiada del comedido Libeo, tendia los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida, pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos, como ya te he dicho, y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba, el qual con otros quatro parientes suyos en el mismo camino por donde habian de pasar, que todo era cerrado de bosque de una y otra parte, escondidos estaban: y díxoles como Silvia venia, y solo yo que la acompañaba, y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponia en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habiamos hecho, y que él seria el primero que en Silvia, aunque era parienta suya, probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos, que tan sin cuidado de traycion semejante por el camino se venian; los quales llegados á do la celada estaba, al instante fueron con ellos los pérfidos homicidas, y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leoni-

nida, pensando ser Silvia, y con injuriosas y turbadas palabras, con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dexó tendida en el suelo, á tiempo que ya Libeo por los otros quatro, creyendo que á mí me las daban, con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió quan bien habia salido el traydor intento suyo, sin aguardar razones, se les quitó delante; y los cinco traydores contentísimos, como si hubieran hecho alguna famosa hazaña, se volvieron á su aldea, y Crisalvo se fue á casa de Silvia á dar él mesmo á sus padres la nueva de lo que habia hecho, por acrecentarles el pesar y sentimiento: diciéndoles, que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia, á quien él habia quitado la vida, por haber hecho mas caudal de la fria voluntad de Lisandro su enemigo, que no de los continuos servicios suyos. Silvia que sintió lo que Crisalvo decia, dándole el alma lo que habia sido, le dixo como ella estaba viva, y aun libre de todo lo que la imputaba, y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese mas su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dixo, que su hermana Leonida se habia parti-

tido aquella noche de su casa en trage no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva, teniendo él por cierto que la dexaba ya muerta, y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa, y no hallando en ella á su hermana, con grandísima confusion y furia volvió él solo á ver quien era la que habia muerto, pues Silvia estaba viva. Mientras todas estas cosas pasaban, estaba yo con una ansia estraña esperando á Carino y Leonida; y pareciendome que ya tardaban mas de lo que debian, quise ir á encontrarlos, ó á saber si por algun caso aquella noche se habian detenido, y no anduve mucho por el camino, quando oí una lastimada voz que decia: ó soberano hacedor del cielo! encoge la mano de tu justicia, y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las ofensas que te ha hecho. Ay Lisandro, Lisandro, y como la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por tí perdido! Ay cruel hermano! es posible que sin oir mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro? Quando estas razones oí, en la voz y en ellas co-

nocí luego ser Leonida la que las decia, y presagio de mi desventura, con el sentido turbado fuí atiento á dar adonde Leonida estaba envuelta en su propria sangre, y habiéndola conocido luego, dexándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dixe: qué desdicha es esta, bien mio? ánima mia, quál fue la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura? En estas palabras fuí conocido de Leonida; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dixo solas estas: mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la qual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me dexe gozar en la otra del reposo que aqui me ha negado; y juntando mas su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Quando yo lo sentí, abandonandome sobre el cuerpo, quedé sin ningun sentido; y si como era yo el vivo, fuera el

muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Piramo y Tisbe truxera á la memoria. Mas despues que volví en mí abriendo ya la boca para llenar el ayre de voces y suspiros, sentí que hácia donde yo estaba venia uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacia escura, los ojos del alma me dieron á conocer, que el que alli venia era Crisalvo, como era la verdad; el tornaba á certificarse, si por ventura era su hermana Leonida la que habia muerto: y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y dándole dos heridas, dí con él en tierra; y antes que acabase de espirar, le llevé arrastrando adonde Leonida estaba, y poniendo en la mano muerta de Leonida el puñal que su hermano traía, que era el mismo con que ella habia muerto, ayudandole yo á ello, tres veces se le hinqué por el corazon; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo, sin mas detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leonida, y llevele á la aldea donde mis parientes vivian. Y contandoles el caso, les rogué le diesen honrada sepultura, y luego determiné de tomar en Carino la ven-

gan-

ganza que en Crisalvo, el qual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy, que le hallé á la salida de este bosque, despues de haber seis meses que ando en su demanda: él ha hecho ya el fin que su traycion merecia; y á mí no me queda ya de quien tomar venganza, sino es de la vida, que tan contra mi voluntad sostengo. Esta es, pastor, la causa de do proceden los lamentos que me has oido. Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos, á tu buena discrecion dexo que lo considere. Y con esto dió fin á su plática, y principio á tantas lágrimas, que no pudo dexar Elicio de tenerle compañia en ellas; pero despues que por largo espacio habian desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentia, el otro la compasion que de ella tomaba, Elicio comenzó con las mejores razones que supo, á consolar á Lisandro, aunque era su mal tan sin consuelo cómo por el suceso de él habia visto; y entre otras cosas que le dixo, y la que á Lisandro mas le quadró, fue decirle: que en los males sin remedio, el mejor era no esperarles ninguno; y que pues de la honestidad y noble condicion de Leonida se po-

dria creer, segun él decia, que de dulce vida gozaba: antes debia alegrarse del bien que ella habia ganado, que no entristecerse por el que él habia perdido. A lo qual respondió Lisandro: bien conozco, amigo, que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas; pero no que la tienen, ni la tendrán las que todo el mundo decirme pudiere, para darme consuelo alguno: en la muerte de Leonida comenzó mi desventura, la qual se acabará quando yo la torne á ver; y pues esto no puede ser sin que yo muera, al que me induciere á procurar la muerte, tendré yo por mas amigo de mi vida. No quiso Elicio darle mas pesadumbre con sus consuelos, pues él no los tenia por tales: solo le rogó que se viniese con él á su cabaña, en la qual estaria todo el tiempo que gusto le diese, ofreciendole su amistad en todo aquello que podria ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció quanto fue posible: y aunque no queria acetar el venir con Elicio, todavia lo hubo de hacer, forzado de su importunacion: y asi los dos se levantaron, y se vinieron á la cabaña de Elicio, donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero

ya

ya que la blanca aurora dexaba el lecho del zeloso marido, y comenzaba á dar muestras del venidero dia, levantandose Erastro, comenzó de poner en orden el ganado de Elicio y suyo, para sacarle al pasto acostumbrado. Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese; y asi viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abaxo, al subir de una ladera, oyeron el sonido de una suave zampoña, que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fue conocido, que era Galatea quien la sonaba: y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas, y luego tras ellas Galatea, cuya hermosura era tanta, que seria mejor dexarla en su punto, pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana, con los luengos cabellos sueltos al viento, de quien el mismo sol parecia tener envidia, porque hiriéndolos con sus rayos, procuraba quitarles la luz, si pudiera; mas la que salia de la vislumbre de ellos, otro nuevo sol semejaba. Estaba Erastro fuera de sí mirándola, y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Quando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el su-

yo se juntaba , mostrando no gustar de tenerles aquel dia compañia , llamó á la borrega mansa de su manada , á la qual siguieron las demas , y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacia , sin poder sufrir tan notorio desden , llegándose á do la pastora estaba , le dixo : dexa , hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro , y si no gustas de nuestra compañia , escoge la que mas te agradare , que no por tu ausencia dexarán tus ovejas de ser bien apacentadas, pues yo que nací para servirte , tendré mas cuenta de ellas , que de las mias propias ; y no quieras tan á la clara desdeñarme , pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo , que segun el viage que traías , á la fuente de las pizarras te encaminabas , y ahora que me has visto quieres torcer el camino ; y si esto es asi como pienso , dime adonde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado , que yo te juro de no llevar alli jamas el mio. Yo te prometo , Elicio , respondió Galatea , que no por huir de tu compañia , ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba , porque mi intencion es pasar hoy la sies-

siesta en el arroyo de las palmas en compañia de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy alli nuestros ganados; y como yo venia descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las pizarras, como de ella mas acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces, te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha. Ay Galatea! replicó Elicio, y quan bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer mas de lo que tú quieres! ora vayas al arroyo de las palmas, al soto del concejo, ó á la fuente de las pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla. Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y asi no tengo culpa, si no he remediado ninguna. No sé como puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas, y no para curarlas. Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir

que yo sin armas, pues á mugeres no son concedidas, haya herido á nadie. Ay, discreta Galatea! dixo Elicio, como te burlas con lo que de mi alma sientes, á la qual invisiblemente has llagado, y no con otras armas que con las de tu hermosura: y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco. En menos me tendria yo, respondió Galatea, si en mas le tuviese. A esta sazon llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba, y los dexaba, le dixo: adónde vas, ó de quién huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros que te adoramos, te alejas, quién esperará de tí compañia? Ay, enemiga! quan al desgayre te vas, triunfando de nuestras voluntades. El cielo destruya la buena que tengo, si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mias. Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tú haces. No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las palmas, y abaxando desde lejos la cabeza en señal de despedirse, los dexó; y como se vió sola, entanto que llegaba á donde su amiga Florisa creyó que estaria, con la extremada

voz que el cielo plugo darle, fue cantando este soneto.

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el yelo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda del tal ñudo satisfecha.
Consuma, ciña, yele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad quanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en su calor deshecha.
Su fuego enfriará mi casto intento,
El ñudo romperé por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente zelo,
La flecha embotará mi pensamiento:
Y asi no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el yelo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles, y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce harmonía de Galatea, que quando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo, y música de Anfion los muros de Troya y Tebas por sí mismos se fun-

fundaron, sin que artífice alguno pusiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea, y llegar adonde Florisa estaba fue todo á un tiempo, de la qual fue con alegre rostro recebida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dexaron ir á su alvedrio sus ganados á que de la verde yerba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por alli corria, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas que en las grandes ciudades se tienen por mas hermosas): tan hermosas quedaron despues de lavadas como antes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron sus megillas encendidas y sonroseadas, de modo que un noseque de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos Griegos pintaban desnudas por mostrar

trar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traían. En este exercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, quando por el arroyo abaxo vieron al improviso venir una pastora de gentil donayre y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea, ni de las otras comarcanas á ella, á cuya causa con mas atencion la miraron, y vieron que venia poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venia tan embebida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo, daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo mas íntimo de sus entrañas parecian arrancados: torcia asimesmo sus blancas manos, y dexaba correr por sus megillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacia, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traía el alma ocu-

ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacia: la qual llegandose al margen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corria, y dexandose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la qual lavandose los humidos ojos, con voz baxa y debilitada dixo: ay claras y frescas aguas! quan poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni aun de todas las que contiene el gran mar oceano, el remedio que he menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, hariades el mesmo efeto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua que mas su llama acrecienta. Ay tristes ojos! causadores de mi perdicion, y en que fuerte punto os alcé para tan gran caida! Ay fortuna, enemiga de mi descanso! con quanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! Ay cruda hermana! cómo no aplacó la ira de tu de-

desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Arsildo? qué palabras te pudo decir él para que le dieses tan aceda y cruel respuesta? bien parece, hermana, que tú no le tenias en la cuenta que yo le tengo, que si asi fuera, á fe que tú te mostraras tan humilde quanto él á tí sujeto. Todo esto que la pastora decia, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchandola, no se enterneciera: y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corria, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa.

Ya la esperanza perdida,
Y un solo bien me consuela,
Que el tiempo que pasa y vuela,
Llevará presto la vida.

Dos cosas hay en amor
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor:
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida

En

En mi pecho, y no las veo,
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida,

Si el deseo desfallece
Quando la esperanza mengua,
Al contrario en mí parece,
Pues quanto ella mas desmengua
Tanto mas él se engrandece:
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan,
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan,
Y un solo bien me consuela,

Apenas hubo llegado
El bien á mi pensamiento,
Quando el cielo, suerte y hado
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado:
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero,
Al mal amayna la vela,
Y al bien pasa mas ligero
Que el tiempo que pasa y vuela,

Quién

Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo?
Pues en ellas se ve en suma
Ser los cuidados de plomo,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan de caida
Mi dichosa nueva andanza,
En ella este bien se anida,
Que quien llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora, pero no las lágrimas con que le solemnizaba; de las quales movidas á compasion Galatea y Florisa, salieron de do escondidas estaban, y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron, diciendole entre otras razones: asi los cielos, hermosa pastora, se muestren favorables á lo que pedirles quisieres, y dellos alcances lo que deseas, que nos digas, si no te es enojoso, qué ventura, ó qué destino te ha traido por esta tierra, que segun la plática que nosotras tenemos della, jamas por estas riberas te habemos visto. Y por haber oido lo que poco ha cantaste, y entender por ello que no tiene tu corazon el so-

sosiego que ha menester, y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicio tus hermosos ojos, en ley de buen comedimiento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuere posible; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados, á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte. No sé con que podré pagaros, respondió la forastera pastora, hermosas zagalas, los corteses ofrecimientos que me haceis, sino es con callar, y agradecello y estimarlos en el punto que merecen, y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes, puesto que me seria mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura, que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana. No muestra tu rostro y gentil postura, respondió Galatea, que el cielo te ha dado, tan grosero entendimiento, que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirla; y pues tu vista y palabras en tan poco ha hecho esta impresion en nosotras, que ya te tenemos por discreta, muestranoslo con contarnos tu vida, si llega á tu discrecion tu ventura. A lo que yo creo, respondió la pastora, en un igual andan entrambas,

bas, si ya no me ha dado la suerte mas juicio para que sienta mas los dolores que se ofrecen; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion, quanto dellos es vencida toda mi habilidad, pues no tengo ninguna para saber remediallos; y porque la experiencia os desengañe, si quisiéredes oirme, bellas zagalas, yo os contaré con las mas breves razones que pudiere, como del mucho entendimiento que juzgais que tengo, ha nacido el mal que le hace ventaja. Con ninguna cosa, discreta zagala, satisfarás mas nuestros deseos, respondió Florisa, que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado. Apartémonos pues, dixo la pastora, de este lugar, y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda deciros lo que me pesa de haberoslo prometido, porque adivino que no estará en mas en perderse la buena opinion que con vosotras he cobrado, que quanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco. Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometia, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado, que ya Galatea y

Florisa sabian, donde debaxo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno podian todas tres estar sentadas, y luego con extremado donayre y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

En las riberas del famoso Henares que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fuí yo nacida y criada no en tan baxa fortuna, que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo exercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concegiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me habia puesto, que ninguna cosa me daba mas gusto, que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con mas que con procurarle los mas frutíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenia, ni podia tener mas cuidados que los que podian nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la sua-

ve

ve harmonía de los dulces paxarillos, despedia la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. Ay! quántas veces solo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aqui la blanca azucena, alli el cardeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odoríferas flores una texida guirnalda, con que adornaba y recogia mis cabellos, y despues mirandome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! y quántas hice burla de algunas zagalas, que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion, del mal que los suyos sentian, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian. Acuerdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mí un dia una zagala amiga mia, y echandome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes me dixo: ay hermana Teolinda! que este es el nombre de esta

desdichada, y como creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecian! Yo entonces, admirada de los extremos que la veía hacer, creyendo que algun gran mal le habia sucedido de pérdida de ganado, ó de muerte de padre ó hermano, limpiandole los ojos con la manga de mi camisa, le rogué que me dixese qué mal era el que tanto la aquejaba? Ella, prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dixo: qué mayor mal quieres, ó Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada, el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero mas que á los propios ojos de la cara; y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo habia dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenia de los amores que el traydor con ella trataba! Quando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mias, que no pude acabar conmigo de no reirme, y decirle: mia fe, Lidia, que asi se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga ve-

venias herida segun te quejabas? Pero ahora conozco quan fuera de sentido andais vosotras las que presumis de enamoradas, en hacer caso de semejantes niñerias. Dime por tu vida, Lidia amiga, quanto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harias de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerias de amor, pues no se saca de ellas segun veo sino menoscabo de nuestras honras y sosiego? Quando Lidia oyó de mí tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino abaxar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas, y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dixo: ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia; y con esto se fue y yo me quedé riendo de sus desvarios. Mas ay desdichada! y como á cada paso conozco, que me va alcanzando

bien su maldicion, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que asi como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hace esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro: mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho, y en los exercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabia qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenia, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado, ni satisfecho. Acaeció pues, que un dia (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traido tal descuento á mis alegrias) viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea

á

á cortar ramos, y á coger juncia, y flores, y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente dia solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla) acertamos á pasar todas juntas por un deleytoso bosque que entre el aldea y el rio está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los quales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos, qual primo, y qual hermano, y qual pariente nuestro, y saliendonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevabamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasasemos, porque algunos de ellos traerian los ramos, y flores por que ibamos: y asi vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querian, y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus ozinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscabamos. Nosotras, que seis eramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los quales nos recibieron con el comedimien-

to posible, especialmente un pastor forastero que alli estaba, que de ninguna de nosotras fue conocido, el qual era de tan gentil donayre y brio, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé que os diga, pastoras, sino que asi como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazon, y comenzó á discurrir por todas mis venas un yelo que me encendia, y sin saber como, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me habia; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasion me dieran lugar á ello. Enfin yo quedé qual ahora estoy, vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. Ay! quantas veces en aquella sazon me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba, y decirle, perdoname Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro dia, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejabas, que tú mesma! Una cosa me tiene marabillada de como quantas alli estaban no conocie-

cieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazon ; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una cancion que habia comenzado antes que nosotras llegasemos , el qual , sin hacerse de rogar , siguió su comenzado canto con tan extremada y marabillosa voz , que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oirla. Entonces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso , sin quedar en mí mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida , y puesto que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave harmonía del pastor , no por eso dexé de poner grandísima atencion á lo que en sus versos cantaba , porque me tenia ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma, si le oyera cantar cosas de enamorado , que imaginara que ya tenia ocupados sus pensamientos , y quizá en parte que no tuviesen alguna los mios en lo que deseaban ; mas lo que entonces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado , y de la sosegada vida del campo , y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado : de

que

que no poco quedé yo contenta, pareciendome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas, ó contentos se gasta. Ved, amigas, en quan poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venian fue todo á un tiempo: los quales á quien de lejos los miraba, no parecian sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movia segun venian pomposos y enramados, y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno, y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros halaridos dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegria llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentia de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las quales con gracio-

ciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron, y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciendoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegria, queriamos dar la vuelta al lugar, quando Eleuco, un anciano pastor que alli estaba, nos dixo: bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dexarnos las guirnaldas que demasiadas llevais de lo que á buscar veniades; pero ha de ser con condicion, que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta, y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este exemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que alli estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba, y que alli deudo alguno no tenia, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniendole la guirnalda en la cabeza, le dixe: esta te doy, buen zagal, por dos cosas; la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto;

la "

la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extrangeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia; pero qué os diré yo de lo que mi alma sintió viendome tan cerca de quien me la tenia robada, sino que diera qualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baxa, hurtando la ocasion á los muchos ojos que alli habia, me dixo: mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado, prenda llevas contigo, que si la sabes estimar, conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban, era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazon del con que habia salido, que yo misma de mí mesma me marabillaba. La compañia me era enojosa, y qualquiera pensamiento que me viniese que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza pro-

procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé como en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro ser del que tenia, porque yo ya no vivia en mí, sino en Artidoro, que ansi se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvia los ojos me parecia ver su figura; qualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oidos su suave música y harmonía: á ninguna parte movia los pies que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. Enfin todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenian, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda, que en mí habia nacido, y en contemplar las gracias del pastor que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel dia, y la noche antes de la solene fiesta, la qual venida, fue con grandisimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solenizada. Y despues de acabadas en el templo

las

las sacras oblaciones, y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de quatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciendose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se exercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles exercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores: los quales, dándoles alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus pies en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales exercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolixa, ninguno de quantos alli estaban vecinos y comarcanos, llegó á

pun-

punto que mi Artidoro, el qual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta, y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardia, las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar quan bien habia sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se habia de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo menos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida seria la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena, siquiera con quejarme, pues no tenia de quien sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que habia de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedia. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que

mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quedé yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dexar de ofrecerseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bayles y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habiamos visto hacer á los pastores aquel dia, diciendo: fulano bayló mejor que fulano, puesto que el tal sabia mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Brás, pero Brás corrió mas que Mingo, y al fin fin, todas concluían que Artidoro, el pastor forastero, habia llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las quales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del dia despues de la fiesta, antes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los ve-

ci-

cinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gayta y de una zampoña haciendo y deshaciendo intricadas vueltas y bayles, nos salimos de la aldea á un verde prado que no lejos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura que hasta entonces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado hallasemos todos los pastores del lugar, y con ellos á Artidoro, los quales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compás y bayle nos salieron á recebir, mezclandonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos el bayle, de manera que fue menester que las pastoras nos desasiesemos, y diesemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé como os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, sino es deciros que me turbé de manera, que no acertaba á dar paso concertado en el bayle, tanto que le convenia á

Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltandome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dixe: en qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que asi la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oida: mas qué te ha hecho á tí mi alma, que asi la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya, ni la veo, ni podrá verse. Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer el mal, y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bayles cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me habia dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bayles pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debia hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que seria ingrato, si encubrirla quisiese. Artidoro agra-

agradeciendo á Eleuco las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que por haberme puesto en mí sospecha aquellas palabras que antes me habia dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los quales, aunque os dé pesadumbre de oirlos, solo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traido el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son estos.

En áspera, cerrada, escura noche,
Sin ver jamas el esperado dia,
Y en contino crecido amargo llanto,
Ageno de placer contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.
Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas quantas horas tiene el dia,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,

Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado dia,
Y es vivir sin él amargamente.
Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador, antes con risa
Desea la ocasion y espera el dia
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida,
Y solo festejar su alegre vida.
O venturoso para mí este dia
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien darmela puede, ó darme muerte!
Mas qué puede esperarse, sino es risa (che?
De un rostro que al sol vence y vuelve en no-
Vuelto ha mi escura noche en claro dia
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pastoras,

ras, que con marabillosa gracia y no menos satisfacion de los que le escuchaban, aquel dia cantó mi Artidoro, de los quales y de las razones que antes me habia dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro habia causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, quando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fue causa para que dexasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y asi vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba, atravesaba una multitud de perros, los quales venian siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venia á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mesmo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar, y irse derecha al lado de Galatea, y alli vencida del cansancio de la larga carrera, y casi como segura del cercano peligro, se dexó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que fal-

faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras ; mas Galatea tomando la temerosa liebre en los brazos , estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros , por parecerle no ser bien si dexaba de defender á quien della habia querido valerse. De alli á poco llegaron algunos pastores , que en seguimiento de los perros y de la liebre venian ; entre los quales venia el padre de Galatea , por cuyo respeto ella , Florisa y Teolinda , le salieron á recibir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda , y con deseo de saber quien fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa , por el gusto que les habia quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda , á la qual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañia , si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda , me conviene estar algun dia en esta ribera : y asi por esto como por no dexar imperfecto mi comenzado cuento,

to, habré de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron, y le ofrecieron de nuevo su amistad, y de servirla en quanto sus fuerzas alcanzasen. En este entretanto habiendo el padre de Galatea, y los otros pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gabanes, y sacado de sus zurrones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentandose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañia de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habian topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el qual era un pastor, en cuyo pecho jamas el amor pudo hacer morada, y de esto vivia él tan alegre y satisfecho, que en qualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no

era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban, y por esta tan estraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado: Galatea, y los que alli venian se pararon á escuchar, por ver si Lenio como de costumbre tenia alguna cosa cantaba, y luego vieron que dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue.

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un noseque, que la memoria cria
Sin ser, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegria,
Una noche confusa do no hay dia,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raices propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.

Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazon que Lenio cantaba lo que habeis oido, habian ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañia del lastimado Lisandro, y pareciendole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se extendia, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechandose del mismo concepto de los versos que él habia cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa, y Teolinda, y los demas pastores al son de la zampoña de Erastro comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor que es virtud eterna,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su zelo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo,
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo

Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y asi el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Matele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver quan bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dexó de estar firme en su opinion, antes queria de nuevo volver á cantar,

tar, y á mostrar en lo que cantase de quan poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dixo: no te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aqui á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas, para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las pizarras, ó arroyo de las palmas, donde con mas comodidad y sosiego podais arguir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio, que la mia no es sino ciencia averiguada, la qual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligó á sustentarla; pero no faltará tiempo como dices mas aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa

sa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeytadas y sofisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre, si me mudase. Tan malo es, dixo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores, que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, quando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero entanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aqui me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, quanto la tuya falsa. Si se castigasen los hereges de amor, dixo á esta sazon Erastro, desde agora comenzára yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor herege y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues, y eres del bando de

de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastára á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues parecete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas mínimo traspie da de ojos; y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo, y los que siguen la bandera de este vuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron, dexaron de serlo. Grande fue el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dixo, y asi le respondió: pareceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras, mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dixeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dexarian de dar-

darme temor tus amenazas, mas como sé que te quedas tan atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, antes me causan risa que espanto. Aqui acabó de perder la paciencia Erastro, y sino fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos, porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podia usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fue menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, sino fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la qüestion fue acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y entanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea cantó éste soneto.

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mias
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estio é invierno helado
Abunde en yerbas verdes y aguas frias.
Pase en sueños las noches y los dias
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerias.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica dél vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos:
Ni sabré al vencedor dar la corona,
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, quanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la qual no dexó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea, y de las cabañas de Elicio y Erastro que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiendose primero del ve-

venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron, y los demas pastores cada qual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañia siquiera algunos dias se quedase, y asi el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese, y habiendole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornandose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y asi se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero dia para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La qual despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores

de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella, y Florisa, y Teolinda, y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO
DE LA
GALATEA.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oir lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y asi se fueron á un pequeño jardin, que estaba en casa de Galatea, y sentandose las tres debaxo de una verde y pomposa parra que intricadamente por unas redes de palo se entretexia, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que antes habia dicho, prosiguió diciendo: despues de acabado nuestro bayle y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia;

pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgasemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos, de manera que á nuestro salvo pudieramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debia. Enfin yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dixe: años se te harán, Artidoro, los dias que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocára, respondió Artidoro, potque fueran no años sino siglos los dias que aqui tengo de estar, pues en acabandose no espero tener otros que mas contento me hagan. Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar nuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea.

dea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá no faltan, respondió él, pero aqui sobran: de manera, que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, ó Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje, como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dixe yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la mesma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesará á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues qué perdieras tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y teme-

roso. Bien sabes hacer del enamorado, dixe yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ó Teolinda, respondió él. A esto le dixe: no sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: de que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la mesma, repliqué yo, por parecerme que no seria bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazon, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dixo con voz alta: ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo quanto hacemos al caso los que aqui vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dexaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mí la mano para que comenzase, y asi sirviendome de la ocasion, y aprovechandome de lo que con Artidoro ha-

habia pasado, dí principio á este villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta,
Y la honestidad la llave:
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:

Y el que fuere enamorado
Jamas se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Quanto una parlera lengua,
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua;
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oido; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fue con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron, ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro habia prometido de estar en nuestra aldea, se habia de ir á la suya, procuré aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado

do lo que despues fuera escusado decirse estando Artidoro ausente. Y asi despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dexaron de mostrar con palabras lo que hasta entonces por señas los ojos habian bien claramente manifestado. Enfin sabreis, amigas mias, que un dia hallandome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entonces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia como ya os he dicho que él se partiese, no quise desdeñarle, ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dexen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le dí respuesta, tal qual yo deseaba darsela: quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de alli á pocos dias con alguna honrosa terceria me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fue tan contento y satisfecho, que no

no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro, era tal, que mi padre seria contento de recebirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, quando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias habia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque considereis, señoras, quan estraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dexará de causar alguna admiracion estraña; y es, que esta hermana mia que os he dicho, que hasta entonces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donayre y brio, si alguno tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres, muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera

que

que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fue en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento habia menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral exercicio suyo madrugó luego otro dia mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fue al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguia de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel dia en casa, que fue el último de mis alegrias. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dixo como en secreto, que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo que qualquiera otra pudiera pensar de la que me dixo, procuré que presto á solas nos viesemos, adonde ella con rostro algo alte-

ra-

rado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: no sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dexar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto, hallarás la disculpa de lo que te dixere. Quando yo desta manera la oí hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una estraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutaciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber que responderle, y él no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciendome: qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima

que

que os adora? y faltó poco que no me tomó las manos para besarmelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros, que parecia que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha, que si vos hermana jamas le hubierades visto, ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo qual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero alfin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y qual á mí me pareció que estabades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara, y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que asi creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. Enfin él se fue llamandome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento; y á lo que yo puedo juz-

juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose hablaros, aunque mas sola os encuentre. Lo que deseo saber, es, quien es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros. A vuestra mucha discrecion dexo, discretas pastoras, lo que mi alma sentiria oyendo lo que mi hermana me contaba; pero alfin, disimulando lo mejor que pude, le dixe: la mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que asi se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices: el qual es un forastero, que habrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto: dandose á entender que tiene grangeada mi voluntad, y aunque yo le he desengañado, quizá con mas ásperas palabras de las que tú le dixiste, no por eso dexa él de proseguir en su vano propósito: y á fe hermana que deseo que venga ya el nuevo dia para ir á decir-

cirle que sino se aparta de su vanidad, que espere el fin della, que mis palabras siempre le han significado. Y asi era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba quanto pedirseme pudiera: solo por ir á ver á mi Artidoro, y desengañarle del error en que habia caido, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le habia dado, él no se desdeñase y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso Diciembre no dieron mas pesadumbre al amante que del venidero dia algun contento esperase, quanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veían. Y asi antes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aun en duda si era de noche, ó de dia, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando mas priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solia hallar á Artidoro, el qual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió

dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado. Quantas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el ayre, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ven, bien mio, que yo soy la verdadera Teolinda, que mas que á sí te quiere y ama; sino que el temor que de otro que de él, fuesen mis palabras oidas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y asi, despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pie de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura, choza, ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscando. Mas apenas habia dado la nueva luz lugar para discernir las colores, quando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mí estaba, en el qual y en otros muchos vi escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, alli fixadas, y levantandome con priesa á ver lo que decian, vi, hermosas pastoras, que era esto.

Pastora, en quien la belleza
En tanto extremo se halla,
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que ví,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste nó:
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Asi como en tu hermosura
Los ojos, que te han mirado.

Pues quanto tu gracia estraña
Promete, alegra y concierta,
Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha y enmaraña:
Unos ojos me engañaron
Al parecer piadosos.
Ay ojos falsos, hermosos!
Los que os ven, en qué pecaron?

Dime, pastora cruel,
A quien no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar,
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido,
Que con menos que hicieras,
Dias ha que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fixaré
En esta áspera corteza,
Crecerán con mas firmeza,
Que no ha crecido tu fe;
La qual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada,
Tan cruel como agraciada,
Tan falsa como hermosa:
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin mas rodeo,
Pues nunca fue mi deseo
Contrario á tu voluntad.

Yo moriré desterrado,
Porque tú vivas contenta,
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado:
Porque en la amorosa danza,
Aunque amor ponga estrecheza
Sobre el compás de firmeza,
No se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza
Pasas qualquiera muger,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza:
Mas ya sé por mi pasion,
Que quiso pintar natura
Un angel en tu figura,
Y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voy
Y el fin de mi triste vida,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.

Que bien serás rigurosa,
Y mas que un diamante dura,
Si el cuerpo y la sepultura
No te vuelven piadosa:
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido,
Si fuí vivo aborrecido,
Ser muerto y por tí llorado.

Qué palabras serán bastantes, pastoras, para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazon, quando claramente entendí que los versos que habia leido, eran de mi querido Artidoro? Mas no hay paraque encarecerosle, pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida, la qual desde entonces acá tengo tan aborrecida, que no sentiria ni me podria venir mayor gusto, que perderla. Los suspiros que entonces dí, las lágrimas que derramé, las lástimas que hice, fueron tantas y tales, que ninguno me oyera, que por loca no me juzgara. Enfin, yo quedé tal, que sin acordarme de lo que á mi honra debia, propuse de desamparar la cara patria, amados padres, y queridos hermanos, y dexar con la guardia de sí mesmo

al

al simple ganado mio : y sin entretenerme en otras cuentas , mas que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias , aquella mesma mañana , abrazando mil veces la corteza, donde las manos de mi Artidoro habian llegado , me partí de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas , donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion ; por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo, que haya puesto en execucion lo que en los últimos versos dexó escrito : que si asi fuese, desde aqui os prometo , amigas mias , que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte , que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida. Mas ay de mí! y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea, que no salga verdadera! pues ha ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado , y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo ; y quiera Dios , que quando las sepa , no sean las últimas que sospecho.

Veis aqui , discretas zagalas , el lamentable suceso de mi enamorada vida. Ya os he dicho quien soy y lo que busco , si algunas nuevas sabeis de mi contento , asi la fortuna

os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis. Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decia, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni menos dexaron con las mas blandas y eficaces razones que pudieron, de consolarla, dandole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañia, quizá haria la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiria el cielo que por tan estraño engaño acabase un pastor tan discreto, como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podria ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, alli mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciendoles la merced que le hacian y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazon la serena noche, aguijando por el cie-

cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo dia se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardin á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol habia con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla, que en las frescas mañanas por el ayre suelen extenderse, quando las tres pastoras, dexando los ociosos lechos, al usado exercicio de apacentar su ganado se volvieron, con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la qual iba tan triste y pensativa, que era marabilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podria en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolia, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampoña de Florisa. A esto respondió Teolinda: si la mucha causa que tengo de llorar, con la poca que de cantar tengo, entendiera que en algo se menguara, bien pudieras, hermosa Galatea, perdonarme, porque no hiciera lo que me mandas; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia, mi corazon llorando lo soleniza, haré lo que quie-

res, pues en ello sin ir contra mi deseo satisfaré el tuyo. Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña, á cuyo son Teolinda cantó este soneto.

TEOLINDA.

Sabido he por mi mal, adonde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño,
Y como amor procura con mi daño
Darme la vida, que el temor me niega.
Mi alma de las carnes se despega,
Siguiendo aquella que por hado estraño
La tiene puesta en pena, en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.
Si vivo, vivo en fe de la esperanza,
Que aunque es pequeña y debil, se sustenta
Siendo á la fuerza de mi amor asida.
O firme comenzar, fragil mudanza,
Amarga suma de una dulce cuenta,
Como acabais por términos la vida!

No habia bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oido, quando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña,

ña, cuya suavidad era de suerte, que todas se suspendieron y pararon para con mas atencion gozar de la suave harmonía. Y de alli á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza, que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas, imaginando qué pastores podrian ser los que tan acordadamente sonaban, porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocian, si Elicio no, era en la música tan diestro. A esta sazon, dixo Teolinda, si los oidos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que teneis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores, Tirsi y Damon, naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido; y Damon, su íntimo y perfeto amigo, sino estoy mal informada, de las Montañas de Leon trae su origen y en la nombrada Mantua Carpentanea fue criado: tan aventajados los dos en todo género de discrecion, ciencia y loables exercicios, que no solo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados;

y

y no penseis, pastoras, que el ingenio destos dos pastores solo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dexar Tirsi su dulce y querida Fili; y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, de que sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia. Dexa por ahora, Teolinda, dixo Florisa, de alabarnos estos pastores, que mas nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz, que en la música de los instrumentos. Pues qué direis, replicó Teolinda, quando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la qual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de Divino, y al otro de mas que humano? Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle, por donde ellas mesmas iban,

se

se descubrian dos pastores de gallarda disposicion y extremado brio, de poco mas edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pastorilmente, que mas parecian en su talle y apostura bizarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendian de sus hombros sendos zurrones, no menos vistosos y adornados que los pellicos: venian de verde laurel y fresca yedra coronados, con los retorcidos cayados debaxo del brazo puestos: no traían compañia alguna, y tan embebecidos en su música venian, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donayre y gracia de los pastores, los quales con concertadas voces, comenzando el uno, y replicando el otro, esto que se sigue cantaban.

DAMON. TIRSI.

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,

De

De aquella luz con quien el alma dexas:
Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?
T. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dexando della la mas alta parte:
De qué virtud ó ser será movida
Mi lengua? que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida.
Y aunque muestro que veo, oigo y siento,
Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.
D. O Tirsi venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas extremada!
A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fria mano del temor esquiva,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor, que es qual la vela
Que quando muere, mas su luz aviva.
Ni con el tiempo que ligero vuela,

Ni

Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.
T. El firme y puro amor jamas descrece
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Asi que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio el amador perfeto
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imagen viva al inteleto.
Y alli en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, segun la mira
Amorosa, ó de amor libre y exênta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili quando te partiste
Del bien que asi te tiene satisfecho,
Yo sé, discreto Tirsi, que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo,
Que vi al contrario de lo que tú viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el extremo del mal de ausencia templo
Y alegre voy, si voy, si quedo, ó vengo.

Que

Que aquella que nació por vivo exemplo
De la inmortal belleza acá en el suelo,
Digna de marmol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto zelo
Asi los ojos codiciosos ciega,
Que de ningun contrario me recelo.
La estrecha sujecion que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar pára y sosiega.
El tener deste amor conocimiento,
Fili, y corresponder á fe tan pura
Destierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoso Tirsi, Tirsi con ventura,
De la qual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura.
Yo, á quien los cortos implacables hados
Truxeron á un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados:
Bien es que muera, pues estando muerto,
No temeré á Amarili rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
O mas que el cielo, ó mas que el sol hermosa,
Y para mí mas dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa.
Qual Abrego, qual Cierzo, qual Levante,
Te sopló de aspereza, que asi ordenas,

Que

Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las agenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado:
Templa con él el llanto, templa el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quema el sol, ni nos enfria el yelo.
Quiero decir, que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Lejos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo la memoria
Por los honestos gustos, que algun tiempo
Amor te dió por prendas de vitoria.
Y si es posible busca un pasatiempo,
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado ayrado tiempo.
D. Al yelo que por términos me abrasa,
Y al fuego que sin término me yela,
Quien le pondrá, pastor, término, ó tasa?
Envano cansa, envano se desvela

El

El desfavorecido, que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aqui cesó el extremado canto de los agraciados pastores; pero no en el gusto que las pastoras habian recibido en escucharle, antes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oirse. A esta sazon los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea, que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea, que Tirsi á Damon decia: estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, quanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos dias que no sé en qué términos le trae su suerte; pero segun he oido decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina de-

be

be de estar quejoso, que satisfecho. No me marabillaria yo desto, respondió Damon, porque con quantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo muger, en cuyo fragil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo menos que aventura, es la vida. Lo que yo he oido decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del termino que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y asi debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna, medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los quales está mas cierto el acortarla, que el entretenerla. Hasta aqui pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debia; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verda-

dera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fue una de las causas por que ellos habian dexado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venian; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parandose Damon, trabó á Tirsi del brazo, diciendole: espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega, es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, quanto las oirás si le escuchas, y conocerás si le tratas. No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester para que me-

mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hicieronlo asi, y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dixo ó cantó, dexó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Elicio en compañia de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del dia en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto tocando su rabel Elicio, y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento,
Con mi dolor contento;
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque contino en ella se presenta
De los lazos de amor libre y exênta.
Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de quanto el cielo cria,

Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.
O dura servidumbre, aunque gustosa!
O mano poderosa
De amor! que asi pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacerme, quando libre me burlaba
De tí, del arco tuyo, y de tu aljaba.
Quanta belleza, quanta blanca mano
Me mostraste tirano!
Quanto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedáras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fue sola la que sola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon exênto,
Y avasallar el libre pensamiento,
El qual, si á su querer no se rindiera,
Por de marmol ó acero le tuviera.
Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
Ay rostro, que en el suelo
Descubres quanto bien encierra el cielo!

Có-

Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condicion tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Esle tan facil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsi y Damon, antes haciendo gallarda é improvisa muestra, hácia donde estaba Elicio se fueron, el qual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increible alegria le salió á recebir, diciendole: qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traido á verte, ó Elicio, cosa que yo estimo en tanto quanto es el deseo que de ello tenia, y la lar-

ga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del Castellano suelo. Quando Elicio oyó decir, que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibiendole con mucha cortesia, le dixo: bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregona; y asi, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaria la fama lo que la aficion que me tienes, te hace decir que de mí pregona, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el numero de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser escusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, ó Tirsi, si el tiempo,

po, ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello, porque el que agora tengo, puesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me dexa con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dixo Damon, por locura tendria procurar baxarle á cosa que menos fuese; y asi, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que quando se comparase con el mio, hallaria yo ocasion de tenerte mas envidia que lastima. Bien parece, Damon, dixo Elicio, que ha muchos dias que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conocer, ni tener experiencia de la condicion de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lastima la envidia que de mí tendrias. Quien ha gustado de la condicion de Amarili, qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban

la vida al que su desventura trúxo á termi-nos de adorarla. En las riberas de nuestro He-nares, dixo á esta sazon Tirsi, mas fama te-nia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su dis-crecion nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perder-se, y del no querer perderse viene el no querer contentarse; y viendo tú, Elicio, quan mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso re-cato; y no me marabillo, que enfin es con-dicion propia de los enamorados poco favo-recidos. Razon tendrias en lo que has dicho, ó Tirsi, replicó Elicio, quando mis deseos se desviaran del camino que á su honra y ho-nestidad conviene; pero si van tan medidos, como á su valor y credito se debe, de qué sirve tanto desden? tan amargas y desabridas respuestas? y tan á la clara esconder el ros-tro al que tiene puesta toda su gloria en so-lo verle? Ay, Tirsi, Tirsi! respondió Elicio, y como te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espiritu hablas de sus efectos! No sé yo como

vie-

viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias quando cantabas.

Ay de quan ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido!

Con lo demas que á esto añadiste. Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donayre y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dixo: bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado termino la condicion de los enamorados corazones, los quales como se gobiernan por voluntad agena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y asi, tú, famoso Tirsi, no tienes de que marabillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por exemplo aquello que él dice que cantabas, ni menos lo que yo sé que cantaste quando dixiste:

La

La amarillez y la flaqueza mia.

Donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseias; porque de alli á poco llegaron á nuestras cavañas las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban

Sale el aurora, y de su fertil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llore el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, ó pastor, respondió Damon, renombre mas que de desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime,

me, pastor, asi ella te lo conceda : es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dixo Elicio, porque el valor de Galatea no dá lugar á que de ella otra cosa se desee, ni se espere, y aun esta es tan dificil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza, y á mi se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte, que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recebir tan honrados huespedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quedense ellas aqui, y recojamonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustaredes, entendereis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el qual, y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas antes de lo acostumbrado, en compañia de los dos pastores, hablando en diversas cosas aunque todas enamoradas, hácia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar; asi por esto, como por el deseo que tenia de saber

ber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio, que su rabel tocase, al son del qual asi comenzó á cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma asi se enciende, que recelo
Que presto tendras, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del Señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
O clara luz, ó rayos del sol claro,
Antes el mismo sol, de vos espero
Solo que consintais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero
Haced, ó rayos, que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy estremadas, no de-

dexaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del exemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la qual este soneto dixo.

ELICIO.

Ay! que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradicen el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra, y la enemiga mia:
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento:
Mas quien podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere? amor porfia?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra, y mi enemiga bella,
Cada qual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abrase, y luego
Deshaga mi esperanza, que aun sin ella
Imposible es dexar lo comenzado.

En acabando Elicio, luego Damon al son de la mesma zampoña de Erastro desta manera comenzó á cantar.

DAMON.

Mas blando fui que no la blanda cera,
Quando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili esquiva y dura,
Qual duro marmol, ó silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura,
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimose el amor á la esperanza,
Qual vid al olmo, y fue subiendo apriesa,
Mas faltole el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos que por larga usanza
Fortuna sabe bien que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto.

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
Rompió mi fe, y á tal punto he llegado,
Que

Que no envidio el mas alto y rico estado,
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, ó Fili, á quien el hado
Dotó de un ser tan raro y estremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del Rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho:
Asi ante tu hermosisima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y dexa en su lugar vida y provecho.

Al acabar de Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable musica, que causaba grande contento á quien la oia, y mas ayudandoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados paxarillos, que con divina harmonia parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, quando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino que dexase de oirse el son de una harpa que dentro al parecer tañian, el qual oido por Erastro, dixo: deteneos, pas-

to-

tores, que segun pienso hoy oiremos todos lo que ha dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aqui he pasado, he sentido tocar una harpa, y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandisimo deseo de escucharla, pero siempre he llegado á punto que él le ponia en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, y ofreciendole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quien es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrecheza. Lo que Erastro decia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y asi acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba antes que llegasen á hablarle, y haciendolo asi, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde sin ser vistos ni sentidos oyeron que al son de la har-

harpa el que estaba dentro, semejantes versos decia.

Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
Envano al ayre envio mis gemidos:
Envano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
O riguroso hado!
Por quan estrañas desusadas vias
Mis dulces alegrias
Han venido á parar en tal extremo,
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!

Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento,
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir esfuerza,
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.

Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mio,
Y la empresa dificil tomé á cargo.
O discreto fingir de desvario!
O nunca visto hecho!
O caso gustosísimo y amargo;
Quan dadivoso y largo
Amor se mostró por bien ageno,
Y quan avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de tí, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrasadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra tí se vuelvan.

Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué estraño rodeo

En-

Entera posesion de mí tomaste?
Y cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
Juicio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entre libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?

Mas no de tí, sino de mí seria
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia,
Yo me entregué, yo hice que soplase
El viento que dormia
De la ocasion con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera;
Aunque solo se espera
De mi infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.

O amigo dulce, ó dulce mi enemiga
Timbrio, y Nisida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
Quál dura, iniqua, inexôrable estrella

De mi daño enemiga
Quál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene asi apartados?
O miserable, humana, fragil suerte!
Quan presto se convierte
En súbito pesar una alegria,
Y sigue escura noche al claro dia!

De la instabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
Quál será el atrevido que se fie?
Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie,
Y ya que el cielo envie
Su favor, solo sirve al que con zelo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.

Yo como puedo, buen señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

T.I.P.149.

Joseph Ximenez. la. inv. y dib.

Simon Brosa la. Sculp.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años vestido de un tosco buriel, con los pies descalzos, y una áspera soga ceñida al cuerpo, que de cordon le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazon caía, y el otro brazo á la otra parte floxamente derribado, y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia. Llegóse á él Erastro, y trabandole recio del brazo le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las quales muestras de dolor no pequeño le causaron á los que lo veían, y luego Erastro le dixo: qué es esto,

señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dexeis de decirlo, que presentes tenéis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traido la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dexas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él apesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demas pastores le rogaron, que la ocasion de su tristeza lés contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida, que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos, y á esto añadió otras

pa-

palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y asi les dixo: puesto que á mí me fuera mejor, ó agradable compañia, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavia por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traido al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, seria posible que antes de contaroslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenia determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveido de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudieremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decia, y poniendole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea,

dea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua y famosa ciudad de Xerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del qual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á dificil empresa me pondria. Basta saber, que no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vias que pude serle particular amigo, y fueme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidandose á los que nos conocian el nombre de Timbrio, y el de Silerio, que es el mio, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras, que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increible gusto y contento los mozos años pasabamos, ora en el campo en el exercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte, entreteniendonos, hasta que un dia (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió

á

á mi amigo Timbrio una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la qüestion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fue forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dexando escrita una carta á su enemigo, dandole aviso que le hallaria en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla, se avisase á Timbrio. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió, yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el qual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargandome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaria, dexandome con

con mas pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (pudiendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de quatro galeras, que en la famosa isla de Cadiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas Catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venia, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de alli no partian, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio; y no creo que debia de ser la media noche quando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fue como digo con tanta diligencia hecho, que por mu-

mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo; y asi me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado, porque quedaba mal acomodado de todas las cosas, que para seguir mi viage por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme alli poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Xerez ó á Sevilla con la paga dello. Amaneció me en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando apunto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno qué era aquello, me respondió: llegaos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. Hicelo asi, y lo primero en que puse los ojos fue en un alto crucifixo, y en mucho tumulto de gente, señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que me certificó la voz

voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrio, el qual venia á pie con unas esposas á las manos, y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifixo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca en todo el discurso de su vida habia cometido cosa por donde publicamente mereciese recebir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun término para probar quan inocente estaba de lo que le acusaban. Considerese aqui, si tanto la consideracion pudo levantarse, qual quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia: no sé que os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ageno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces

ces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertado en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponia, sino al de Timbrio, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué á donde Timbrio iba, el qual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvaynado, con perplexo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dixe: adonde está, ó Timbrio, el esfuerzo de tu valeroso pecho? qué esperas? ó qué aguardas? porqué no te favoreces de la ocasion presente? procura, verdadero amigo, salvar tu vida entanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que segun creo aqui te es hecha. Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fue parte para que olvidado todo

temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco, si los sacerdotes de compasion movidos, no ayudaran su deseo, los quales tomandole en peso, á pesar de los que estorbarlo querian se entraron con él en una iglesia que alli junto estaba, dexandome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fue poderosa la sola mia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la carcel pública herido de dos heridas me llevaron: el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio aumentó mi culpa, y el enojo en los jueces; los quales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciendoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la execucion. Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba; y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le habia dado la de su muerte; y por librarme della de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que ser-

via de poco aquello, antes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no seria parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fui avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el qual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, antes que la justicia de aquel pueblo la executase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrio llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mesmo sacerdote que os he dicho; y fue que viniendo Timbrio caminando por el reyno de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los quales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero Catalan, que por ciertas enemistades

des andaba en la compañia, como es ya antiguo uso de aquel reyno, quando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella, y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas; cosa agena de toda christiandad, y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba, llegó en aquella sazon el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese; antes pareciendole hombre de valor y prendas le hizo mil corteses ofrecimientos, rogandole que por aquella noche se quedase con él en un lugar alli cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dexar de hacer lo que el cortés caballero le pedia, obligado de las buenas obras dél recebidas: fueronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recebidos fueron. Mas la fortuna que hasta entonces con Timbrio se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche

che diesen con los bandoleros una compañia de soldados, solo para este efeto juntada, y habiendolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fue Timbrio, á quien tuvieron por un famoso salteador que en aquella compañia andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte; la qual fuera puesta en efeto, si el cielo favorecedor de los justos intentos, no ordenára que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estabase Timbrio en la iglesia y yo en la carcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas oxalá fuera servido el cielo, que en mí solo se execu-

tara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche seria, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la qual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, quando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa voceria, diciendo: al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces, quién duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé que os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mesmas piedras con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanges, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de christianos despojos salian car-

cargados. Qual llevaba la fatigada madre, y qual el pequeñuelo hijo, que con cansados y debiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba, y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos ó quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo quan poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojandolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al frayle su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros; los quales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las virgenes,

muertos los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venia, sin impedimento alguno, se volvieron á sus baxeles, habiendolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dexandole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido. Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos, y enjutos los ojos? Mas ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que, tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo christianos corazones que se alegraron; y estos fueron los de aquellos que en la carcel estaban, que con la desdicha general, cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision, y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mesmos; entre los quales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que

mis

mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dixo : que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas seria curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen : seguile enfin como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio : el qual como despues supe, con algunas heridas se habia escapado, y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba : vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio, y que enfin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con prospero viento llegó á la gran ciudad de Napoles. Yo volví á Barcelona, y alli me acomode de lo que menester habia : y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viage, y sin sucederme reves alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio ; y fue tal el contento que en vernos los dos recebimos, que no me siento con fuerzas para encarecerosle por agora. Alli nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pe-

ro todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, antes tan malo, y de una enfermedad tan extraña, que si yo aquella sazon no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrias de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dixo: ay amigo Silerio! y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dandome la salud por la vuestra, quede yo cada dia con mas obligacion de serviros! Palabras fueron estas de Timbrio, que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí, y lo que él mas replicó: solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran Españoles, aunque ella en Nápoles habia nacido: su nombre era Nisida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo

que

que la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas baxo de la tierra abatia. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza quan rico de pensamientos; y sobre todo falto de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que habia cobrado á la hermosa Nisida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nisida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y mas, si mas tuviera y pudiera; y asi usé de un artificio el mas extraño que hasta hoy se habrá oido ni leido: y fue, que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nisida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiendome comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reia de ver-

me tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondia al hábito, me dixo que haciendo cuenta que él era un gran principe, y que yo de nuevo venia á visitarle, le dixese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansais de escucharme, direos lo que entonces le canté, con ser la primera vez. Todos dixeron, que ninguna cosa les daria mas contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que asi le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dexase de contarles. Pues esa licencia me dais, dixo el ermitaño, no quiero dexaros de decir como comencé á dar muestras de mi locura, que fue con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decia.

SILERIO.

De principe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

No se ve en la edad presente,
Ni se vió en la edad pasada

Re-

Republica gobernada
De principe tan prudente:
Y del que mide su zelo
Por tan christiano nivel,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ageno
Sin codiciar mas despojos,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo menos que hay en él,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
Del ser al cielo fiel,
Qué se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Del que con christiano pecho

Siem-

Siempre en el rigor se tarda,
Ya la justicia le guarda
Con clemencia su derecho:
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él,
Que se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brio y donayre del cuerpo á que en todo diese muestras de exercitado truhan; y sali tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la ciudad, y la fama del truhan Español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nisida me deseaban ver, el qual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas enfin no me pude escusar, que un dia de un banquete allá no fuese, donde vi mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Vi á Nisida, á Nisida vi para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haberla vis-

visto. O fuerza poderosa de amor, contra quien valen poco las poderosas nuestras! y es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses en términos de dar con todos ellos por tierra! ay! que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nisida, y el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí habia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atras en los enamorados principios. Enfin vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré grangear el amistad de sus padres, y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mí posible. Y rogandome un caballero que aquel dia á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nisida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos, que muchos dias antes para otra ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviendo-

me

me para la presente, los dixe, que eran estos.

SILERIO.

Nisida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos, dió al suelo
Una imagen y traslado
De quanto encubre su velo:
Si él no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiende
Que lo posible pretende
Quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina:
Y diga, bien sé conviene,
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso
Mas que el mundo tuvo ó tiene.

To-

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfeto dellas
A tus megillas se debe.

De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y harmonia celestial:
De duro marmol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Quanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nisida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me

me rogaron que ningun dia dexase de visitarlos : y asi sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primero designio, que era facilitar la entrada en casa de Nisida, la qual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nisida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi solicitud la esperaba. Mas ay de mí! que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la agena; porque el donayre, belleza, discrecion y gravedad de Nisida habian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en menos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dexo el imaginar lo que podia sentir un corazon, á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta

ta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud agena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban, eran los padres de Nisida; y aun ella mesma con limpias y christianas entrañas me rogó muchas veces, que la causa de mi enfermedad le dixese, ofreciendome todo lo necesario para el remedio della. Ay (decia yo entre mí quando Nisida tales ofrecimientos me hacia) y con quanta facilidad, hermosa Nisida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! pero preciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio, como le tengo por imposible é incierto, imposible seria que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasia, no acertaba á responder á Nisida cosa alguna; de lo qual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de menos años, aunque no de menos discrecion y hermosura que Nisida) estaban marabilladas, y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza

za con muchas importunaciones me rogaban, que nada de mi dolor les encubriese. Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado; una vez que acaso la bella Nisida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dixe: no penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imaginais que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber grangeado con él venir á términos de conoceros, y como criado serviros: solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lástima, viendo quan lejos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre, que en gran parte hallarse pueda, el qual está aqui ausente de la amada patria por ciertas questiones que allá

allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dexaba enemigos, acá en la agena no le faltáran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber como aqui se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades: y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderá el mundo en perderle, y lo que yo perderé si le pierdo) doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que desearéis saber, señoras, quien es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo; pero tambien sé que en diciendoosle, no os marabillareis sino de como no le tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas: en entrando en esta ciudad,

vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura ; mas tan principal y honesta , que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo , quando Nisida me dixo : por cierto , Astor , que entonces era este el nombre mio , que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan facilmente se ha dexado rendir á un mal deseo tan recien nacido , entregandose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion ; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos , todavia me parece que es simplicidad y flaqueza dexar el que se ve fatigado dellos , de descubrir su pensamiento á quien se le causa , puesto que sea del valor que imaginarse puede ; porque qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida , ó á él qué mayor mal de su aceda y desabrida respuesta , que la muerte que él mismo se procura callando? y no seria bien que por tener un juez fama de riguroso , dexase alguno de alegar de su derecho ; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo : dime , llamarias tú cruel

á

á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto : que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia , ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Asi que , Astor , perdoname , que las obras dese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das. Quando yo oí á Nisida semejantes razones , luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho ; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba , hube de detenerme , y esperar mas sola y mejor coyuntura , y asi le respondí : quando los casos de amor , hermosa Nisida , con libres ojos se miran , tantos desatinos se ven en ellos , que no menos de risa , que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma , alli estan los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio ser , que la memoria solo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron ; y el entendimiento en escudriñar y conocer el valor de la que bien ama ; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen ; y asi los ojos ven como espejo de alinde , que todas las co-

sas se les hacen mayores : ora crece la esperanza quando son favorecidos , ora el temor quando desechados : y asi sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido , que pareciendoles á los principios altisimo el objeto á quien los ojos levantaron , pierden la esperanza de alcanzarle , pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma : quién sabe? podria ser? y con esto anda la esperanza como decirse suele , entre dos aguas , la qual si del todo les desamparase con ella huiria el amor. Y de aqui nace andar entre el temor, y osar el corazon del amante afligido , que sin aventurarse á decirla , se recoge y aprieta en su llaga , y espera , aunque no sabe de quien , el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio , aunque todavia á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere , la qual me dió para que la diese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido , porque la enmendaria : encargóme asimismo que buscase orden de ponerla en manos de su señora , que creo será imposible , no porque yo no me aventuraré á ello , pues lo menos que aventuraré será la vi-

vida por servirle ; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veamosla , dixo Nisida , porque deseo ver como escriben los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno , que algunos dias antes estaba escrita , esperando ocasion de que Nisida la viese , y ofreciendome la ventura esta , se la mostré , la qual por haberla yo leido muchas veces se me quedó en la memoria , cuyas razones eran estas.

TIMBRIO A NISIDA.

Determinado habia , hermosa señora, que el fin desastrado mio os diese noticia de quien yo era , pareciendome ser mejor que alabárades mi silencio en la muerte , que no que vituperárades mi atrevimiento en la vida ; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra , porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido , os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto , que es tal que á poder significarle , no procurára su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aven-

turar á ofender el valor extremado vuestro, del qual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.

Con mucha atencion estuvo Nisida escuchando esta carta, y en acabandola de oir, dixo: no tiene de que agraviarse la dama á quien esta carta se envia, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas desta ciudad; pero con todo eso no dexes, Astor, de darsela, pues como ya te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para mas animarte te quiero asegurar, que no hay muger tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida, porque entonces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene, lo qual seria al reves, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor que el atreverme á darla, por lo menos me ha de costar negarme de alli á de-

delante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio. No quieras, Astor, replicó Nisida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nisida, respondí yo, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la agena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envia, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio, para que con este engaño él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nisida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ageno alguna

blanda ó esquiva respuesta, no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho? quanto mas, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quien es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa tal que él quede contento por ahora, y puesto que despues las cosas sucedan al reves de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, ó Nisida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre quantas son nacidas. No me marabillo que digas eso de mí, dixo Nisida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dexando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconse-

sejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y como leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, qué has conocido della, que quando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere, pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora. Admirado quedé de la discreta traza de Nisida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y asi besandole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de qualquiera cosa que en este negocio sucediere, él habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nisida me habia sucedido, que fue parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle,

le, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entonces le tenian ofuscado, y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los mios no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nisida se hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de deciros, que en todo el tiempo que con Nisida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un estraño silencio estuvo siempre colgada de las mias: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donayre, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale; y con todo esto no sé si os diga que holgára que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nisida, principio y fin de toda mi desdicha; pero qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero, y querré bien á Nisida, tan sin ofensa de Timbrio, quanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la ha-

habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la agena. Sucedió pues que como la belleza de Nisida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la víeron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, quando solo ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre: y asi una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espiritu en un retirado aposento solo de un laud acompañado canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravisima, os los habré de decir, que eran estos.

SILERIO.

Qué laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasia?
Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegria?
O quál hado me truxo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?

O quién reducirá mi pensamiento
Al término que pide un sano intento?

Si por romper este mi fragil pecho,
Y despojarme de la dulce vida
Quedase el suelo y cielo satisfecho,
De que á Timbrio guardé la fe debida
Sin que me acordára el crudo hecho,
Yo fuera de mí mesmo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas,
Disparadas con fiera ayrada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera;
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua

La

La honra y la salud, será qual era,
Mi limpia fe, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar ayrada.

Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muestrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ageno, y á sí mismo ofende.

Socorre, ó blando amor, levanta y guia
Mi baxo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma, y á la lengua temerosa,
La qual podrá, si lleva su osadia,
Facilitar la mas dificil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fue ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baxa voz como debiera, ni el lu-

lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el qual asi como los oyó, le vino al pensamiento que el mio, no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nisida segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, antes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse á donde de ninguno fuese hallado, solo por dexarme comodidad de que solo á Nisida sirviese. Todo esto supe yo de un page suyo, sabidor de todos sus secretos, el qual vino á mí muy angustiado y me dixo: acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dexar, y partirse esta noche, y no me ha dicho donde, sino que le aparege no sé que dineros, y que á nadie diga que se parte, principalmente me dixo que á vos no lo dixese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé que versos que poco ha cantabades, y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo antes acudir á su remedio, que á obedecer

cer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado propósito. Con estraño sobresalto escuché lo que el page me decia, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento, y antes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el qual estaba tendido encima de su lecho boca abaxo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baxa voz y mal formadas razones me pareció que estas decia: procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dexar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, quando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que yo agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amar-

amarga partida ; mas admite por disculpa el ser tú la causa della : ó Nisida , Nisida , y quan cierto está de tu hermosura , que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla , con la pena de morir por ella! Silerio la vió , y sino quedara qual imagino que ha quedado , perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto ; mas pues mi ventura asi lo ha querido , sepa el cielo que no soy menos amigo de Silerio , que él lo es mio ; y para muestras desta verdad , apartese Timbrio de su gloria , destierrese de su contento , vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nisida , dos verdaderas y mejores mitades de su alma : y luego con mucha furia se levantó del lecho , y abrió la puerta , y hallandome alli , me dixo : qué quieres , amigo , á tales horas? hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto , le respondí yo , que aunque hubiera menos no me pesara. Enfin por no cansaros mas , yo llegué á tales términos con él , que le persuadí y di á entender ser su imaginacion falsa , no en quanto estaba yo enamorado , sino en el de quien , porque no era Nisida , sino de su hermana Blanca , y súpelo decir esto

de

de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas credito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias antes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y dixele que para la hermana de Nisida las habia compuesto, las quales vinieron tan á proposito, que aunque sea fuera dél decirlas agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron estas.

SILERIO.

O Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condicion mas que la nieve helada!
No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Quanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mio en lagrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho

Del amor y dolor que el mio encierra,
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á quanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finisimo ducado,
Y por tan alta posesion tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, ó Blanca mia,
Dexad ese desden de enamorado,
Y haced, ó Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos Blanca, mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fueredes vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres blancas buscase,
A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oia, y volviendo la cabeza, vieron venir hácia

Jacq. Vincenzo Inv. et fec. in Bologna

Bart. Vang. Incid. et fec.

hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venia un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de otras diferentes flores. Traia un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movia, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y estraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traian, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querian hallarse, á las quales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde seria servido con la voluntad posible, y haria satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazon llegó el monton de alegres pastores, los quales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegria se recibieron, y renovando la mu-

sica, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oidos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocian la extremada condicion suya, y asi como Lenio los vió y conoció, sin interromper el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegria
Será por mi juzgada
Tan dulce compañia,
Sino siente de amor la tirania.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exênto
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rustico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso

Del

Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas
Antes que venga la sazon madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasion mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor ayrado
Con él pusiere en su salud desvio,
Llevaré su ganado
Con el ganado mio
Al abundoso pasto, al claro rio.

Y entanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pio y justo zelo,
Las rodillas postradas por el suelo.

O cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano
Los despojos á ti solo debidos,
Antes con larga mano,
Y premios merecidos,
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los pastores cortesanamente recebido, el qual como oyese nombrar á Damon, y á Tirsi á quien él solo por fama conocia, quedó admirado en ver su extremada presencia, y asi les dixo: qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la eloqüencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerias de amor no se mezcláran con las veras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estais eticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo dexe de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros,

y

y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudiera. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aqui están, que ni aun burlando la contradixeran, y en esto podrás ver, Lenio, quan fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dixo Lenio, que no te salve á ti la tuya, ó Elicio, sino digalo el ayre, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la yerba destos prados que va creciendo con tus lagrimas, y los versos que el otro dia cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá que es lo que en tí alabas y en mí vituperas. No quedára Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea, con las discretas pastoras Florisa y Teolinda, la qual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre

acogimiento recebidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandarselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocase, al son de la qual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Vayase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere,
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los ví,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les dí.

Ya

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dé,
Si por premio de mi fé
No se admite el desear:
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra,
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.

Aunque durase este dia
Mil siglos como deseo,
A mí, que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y qual fenix la renueva.

Sal-

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Alli está, y alli se encierra
No en mandos, no en poderios,
No en pompas, no en señorios,
Ni en riquezas de la tierra.

Aqui acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dexaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia, como se verá en el siguiente libro.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LI-

LIBRO TERCERO
DE LA
GALATEA.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fue parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dexasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia, el qual despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dixe, quedó él satisfecho de que mi pena procedia no de amores de Nisida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiendome perdon de la falsa imaginacion que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y asi yo olvidado del mio no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los quales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como

yo

yo quisiera para descubrir á Nisida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba, cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dixe, que todavia el temor de ofenderla no me dexaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo qual Nisida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde, y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentia el dolor que yo dél publicaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decia. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un dia que sola estaba, la qual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el qual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido exercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decia, añadiendo á estas otras razones que á Nisida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entonces por palabras lo que despues con obras no pudo tener cubierto,

an-

antes con gravedad y honestidad extraña reprehendió mi atrevimiento, acusó mi osadia, afeó mis palabras, y desmayó mi confianza, pero no de manera que me desterrase de su presencia, que era lo que yo mas temia; solo concluyó con decirme que de alli adelante tuviese mas cuenta con lo que á su honestidad era obligado, y procurase que el artificio de mi mentiroso habito no se descubriese: conclusion fue esta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pues por ella entendí que Nisida daria oidos á las quejas de Timbrio. En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entonces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento? Alegrabame el buen principio que al remedio de Timbrio habia dado, y esta alegria en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nisida en poder ageno, el propio mio se acababa. O fuerza poderosa de verdadera amistad, á quanto te extiendes, y á quanto me obligaste! pues yo mismo, forzado de tu obligacion, afilé con mi industria el cuchillo que habia de degollar mis esperanzas, las quales, muriendo en mi

mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, quando de mí supo todo lo que con Nisida pasado habia; pero ella andaba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni menos se desdeñó de suerte, que sus sinsabores y desvios hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que habiendo llegado á noticia de Timbrio, como su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él habia agraviado en Xerez) deseoso de satisfacer su honra le enviaba á desafiar, señalandole campo franco y seguro en una tierra del Estado del Duque de Gravina, dandole término de seis meses desde entonces hasta el dia de la batalla. El cuidado de este aviso no fue parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenia, antes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nisida de manera, que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio, y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro, quanto á su valor era obligada. Acercandose yá el término del desafio, y viendo Timbrio serle inescusable aquella jornada, de-

determinó de partirse, y antes que lo hiciese escribió á Nisida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras, y en muchas palabras no habia comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dexaré decir que asi decia.

TIMBRIO Á NISIDA.

Salud te envia aquel que no la tiene,
Nisida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.
El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones
Escritos con mi sangre de uno en uno.
Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.
Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fé y al valor tuyo,
Mientras esta recibes triste quedo:
Por ver que en escribirte me destruyo:
Si tienes á donayre lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.
El cielo verdadero me es testigo

Si-

Si no te adoro desde el mismo punto
Que vi ese rostro hermoso y mi enemigo.
El verte y adorarte llegó junto,
Porque quién fuera aquel que no adorára
De un angel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza al mundo rara,
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraiso
Fue descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no menos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra.
En deuda soy á mi fatal estrella,
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.
Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.
Pero en fé de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.

Di-

Dicen que no hay amor sin esperanza,
Pienso que es opinion : que yo no espero,
Y del amor la fuerza mas me alcanza.
Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido tambien de tu belleza
Que fue la red, que amor tendió primero
Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mia
Al amoroso ñudo y su estrecheza.
Sustenta amor su mando y tiranía
Con qualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,
Que mira no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dexando al que los mira satisfecho.
Ni en el pecho , á quien llama alabastrino
Quien del pecho no pasa mas adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma el escondido centro
Mira , y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.
Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma,
Si de la luz perfeta no anda á escuras.
Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,

Y á los torpes sentidos tiene en calma.
Y en esta sujecion estan contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.
Aro en el mar, y siembro en el arena,
Quando la fuerza estraña del deseo
A mas que á contemplarte me condena.
Tu alteza entiendo, mi baxeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.
Ofrecense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, quantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.
Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo
Llevado del amor que me entretiene.
Mas ya, Nisida bella, al paso vengo
De mí con mortal ansia deseado,
Do acabaré la pena que sostengo.
El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada,
Contra mí con tu saña conjurado.
Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.
Otro mas duro trance, otra agonía

Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbára mi triste fantasía.
Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Asi como al contrario puedo verte:
La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,
Qual de mi desventura ha sido hecha.
Por esta corre ayrada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.
Por aquella mi bien va de vencida
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.
A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo ayrado y ofendido,
Solo por ver que el fuego en que me quemo
Es yelo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.
Que si tú no te muestras de mi parte,
A quién no temerá mi flaca mano,
Aunque mas le acompañe esfuerzo y arte?
Pero si me ayudáras, qué Romano,
O Griego capitan me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?

Por el mayor peligro me arrojára,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatára.
Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro do no hay bien con que se acierte.
Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna
En la dificil cumbre sustentarla.
Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.
Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden ayrado esquivo
Por tan estraños términos me hace,
Solo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas, Nisida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.
Con mas facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,
Que no las ansias, el dolor, la pena,
Aunque el fiero rigor de tu aspereza
Sin haberte ofendido me condena.
No midas tu valor con mi baxeza,
Que al respeto de tu ser famoso

Por tierra quedará qualquiera alteza.
Asi qual soy te amo, y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al mas subido término amoroso.
Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo, antes me parece
Que deberia ser remunerado.
Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad, y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.
Quisierate pedir, Nisida, cuenta
De un alma que te dí, donde la echaste,
O como estando ausente me sustenta?
Ser señora de un alma no acetaste?
Pues qué te puede dar quien mas te quiera?
Quan bien tu presuncion aqui mostraste!
Sin alma estoy desde la vez primera
Que te vi por mi mal, y por bien mio,
Que todo fuera mal sino te viera.
Alli el freno te dí de mi alvedrio,
Tú me gobiernas, por tí sola vivo,
Y aun puede mucho mas tu poderío.
En el fuego de amor puro me avivo
Y me deshago, pues qual Fenix luego
De la muerte de amor vida recibo.
En fe desta mi fe te pido y ruego

Solo que creas , Nisida , que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.
Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida , y en un punto
Del mar ayrado conducirme al puerto.
Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder , que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto.
Y acabo por no ser mas importuno.

No sé si las razones desta carta , ó las muchas que yo antes á Nisida habia dicho , asegurandole el verdadero amor que Timbrio le tenia, ó los continuos servicios de Timbrio, ó los cielos que asi lo tenian ordenado , movieron las entrañas de Nisida , para que en el punto que la acabó de leer , me llamase, y con lágrimas en los ojos me dixese : ay , Silerio , Silerio , y como creo que á costa de la salud mia has querido grangear la de tu amigo! hagan los hados que á este punto me han traido , con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras ; y si las unas y las otras me han engañado , tome de mi ofensa venganza el cielo , al qual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace , para que no

le tenga mas encubierto : mas ay, quan liviano descargo es este para tan pesada culpa! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que agora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. Confuso me tenian estas palabras de Nisida, y mas el sobresalto con que las decia ; y queriendo con las mias animarla á que sin temor alguno se declarase, no fue menester importunarla mucho, que al fin me dixo que no solo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Qual yo quedé, pastores, oyendo lo que Nisida decia, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo : y aun es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamas contento, pues estaba y está claro que ni podia ni puedo vivir sin Nisida, á la qual, como otras veces he dicho, viendola en agenas manos puesta, era enagenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte

en este trance me concedia, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fue parte para que no llegase á un mesmo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nisida. Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo qual ella me respondió que ya no habia necesidad de asegurarle aquello, porque estaba de manera, que no podia ni le convenia dexar de creerme, y que solo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio, buscase algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo: y respondiendole yo ser eso imposible sin quedar deshonrado, se sosegó, y quitandose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansi mesmo concertado entre los dos, que ella sabia que sus padres habian de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarian á ella y á su hermana consigo; mas porque no le bastaria el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiria estar mal dispuesta, con la qual ocasion se quedaria en una casa de placer donde sus padres habian de posar, que media legua esta-

ba

ba de la villa, donde se habia de hacer el combate, y que alli esperaria su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio: mandóme tambien que para acortar el deseo que tendria de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas; y si fuese vencido, que no la atase, y asi ella sabria por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento, ó el fin de su vida. Prometíle de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca, me despedí della con la mayor tristeza, y el mayor contento que jamas tuve: mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegria. El supo de mí lo que de parte de Nisida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenia, pareciendole que en ser favorecido de su señora, aun la mesma muerte contrastar no le podria. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debia; porque fueron tales, que mostraba estar fuera de

de seso tratando en ello. Esforzado pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un caballero Español, y otro Napolitano. Y á la fama deste particular duelo se movió á verlo infinita gente del reyno, yendo tambien allá los padres de Nisida, llevando con ellos á ella, y á su hermana Blanca: y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenia, fundaba su derecho, y asi las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al término señalado, quando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nisida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordandome muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamas sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nisida me habia dicho, quanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo menos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo. Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo

lo que Silerio contaba, quando interrompió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan lejos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dexase de oirse todo lo que decia. La voz era de suerte, que puso silencio á Silerio, el qual en ninguna manera quiso pasar adelante, antes rogó á los demas pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habria de acabarlo. Hicieraseles de mal esto á Tirsi y Damon, sino les dixera Elicio: poco se perderá, pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traido la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento. Cómo le ha de esperar, dixo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? pero enfin han podido mas con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno. Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria mas habia de poder la voluntad que de Mireno tenia conocida, que otro tesoro alguno: quanto mas, que no es Mireno tan pobre,

bre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. Por estas razones que Elicio y Erastro dixeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y asi rogó Silerio que mas no se hablase, y todos con atento oido se pararon á escucharle, el qual afligido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro dia con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se habia salido de su casa acompañado de solo su rabel, y convidandole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo, que junto á las paredes de la aldea estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharia, se sentó al pie de un arbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba.

MIRENO.

Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras, ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces,

Si

Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con solo hablar me satisfago
Y sabeis quanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo:
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.

Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al ayre vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los ayrados vientos
Mis esperanzas, y en agena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido
Que sembró mi amoroso pensamiento,
Y regaron mis lágrimas cansadas
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo dificil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien qualquier camino,
Porqué no acaba la enojosa vida?

Por-

Porqué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte,
Y asi, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ageno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida á mi pesar á la memoria.
Mas qué? si por la historia
De mis pasados bienes la poseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.

Ay bien único y solo al alma mia!
Sol que mi tempestad aserenaste,

Ter-

Término del valor que se desea,
Será posible que se llega el dia
Donde he de conocer que me olvidaste?
Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de agenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir de tu cabello,
A Daranio enriquezca,
Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta,
Pudiera yo esperar alegre fiesta;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa, el buen deseo,
Pues es proverbio antiguo entre amadores,
Que son obras amores,
Y yo que por mi mal solo poseo
La voluntad de hacellas,
Qué no me ha de faltar, faltando en ellas?

En tí pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada,
Pastora, y que los ojos levantáras
A una alma de la tuya prisionera,
Y á tu propio querer tan ajustada,
Que si la conocieras la estimáras:
Pensé que no trocáras
Una fe que dió muestras de tan buena,
Por una que quilata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena,
Entregástete al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza, causadora
Deste dolor que me atormenta el alma
Aquel te loa que jamas te mira:
Turbóse en ver tu rostro mi pastora,
A su amor tu aspereza puso en calma,
Y asi por no encontrarte el pie retira.
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos;
Tú derribas las altas esperanzas,
Y siembras mil mudanzas
En mugeriles pechos codiciosos;
Tú jamas perficionas

Con

Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro, cuyos rayos ciegan
La vista mas aguda, si se ceba
En la vana apariencia del provecho.
A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y mas que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por mas duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.

De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfeciones
Con una avara muestra has afeado,
Tanto del oro te mostraste amiga
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
Enfin, qué te has casado!
Casadote has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mias

Injustas, no recibas justa paga;
Mas ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aqui dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocian y sabian sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mugeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se habia entregado. Deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedirselo, él comenzó á seguir, diciendo. Llegando pues el dia del riguroso trance, habiendose quedado Nisida media legua antes de la villa en unos jardines como conmigo habia concertado, con escusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque en traerla ó nó, ella entendiese el bueno, ó el mal suceso de Timbrio.

brio. Torneselo á prometer, agraviandome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo mas cierto, que á Timbrio favorecia, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniendole á sus pies herido y desangrado, le importunaba que si queria salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadia que le acabase de matar, pues le era mas facil á él, y de menos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni menos que se confesase por rendido: solo se contentó con que dixese y conociese que era tan bueno Timbrio como él:

lo qual Pransiles confesó de buena gana, pues hacia en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo habia pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apenas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, quando con alegria increible y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nisida. Pero ay de mí! que el descuido de entonces me ha puesto en el cuidado de agora. O memoria, memoria mia! porqué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegria fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volvi á ver á Nisida con la presteza que he dicho, pero volvi sin ponerme la blanca toca al brazo. Nisida que con crecido deseo estaba esperando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viendome volver sin la toca, entendió que algun siniestro reves á Timbrio habia sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltandole todos los espiritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: quando ya yo llegué, ha-

hallé á toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nisida. Quando yo la vi en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese, ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volvi á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido mas otros que la triste nueva á los padres de Nisida llevasen, certificandoles cierto, que de un agudo parasismo habia quedado muerta. Debió de oir esto Timbrio, y debió de quedar qual yo quedé, si no quedó peor: solo sé decir que quando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro, y por la posta se habia partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonrado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podia, y púseme luego en camino

para seguirle : y antes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nisida no era muerta, sino que le habia dado un desmayo que le duró veinte y quatro horas, al cabo de las quales habia vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros. Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con mas contento llegué á Nápoles, pensando hallar alli á Timbrio; pero no fue asi, porque el caballero con quien él habia venido, me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabia á qué parte, solo imaginaba que segun le vió triste y melancolico despues de la batalla, que no podia creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron estas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aun no contenta mi ventura con esto, ordenó que alcabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nisida, sin ella y sin su hermana : las quales segun supe, y segun era pública voz, entrambas á dos se habian ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese dellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabia que hacerme, ni decirme : y estando puesto en esta confusion tan

es-

estraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba, se habia embarcado, y pensando que podia ser verdad, me vine luego á España, y en Xeréz y en todas las partes que imaginé que podria estar, le he buscado, sin hallar dél rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde estan todos los parientes de los padres de Nisida: y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viendome pues yo ausente de Timbrio, ageno de Nisida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia: cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y asi he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aqui

he tenido, no son tan faciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representandome las pasadas cosas; y quando en estos puntos me veo, al son de aquella harpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contarosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dexeis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañia me es agradable, he llegado á términos, que ninguna cosa me da mas gusto que la soledad; y de aqui entendereis la vida que paso, y el mal que sustento. Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas, con que muchas veces le habia acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los quales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con mas contento que él sabria imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna asserenase el cielo del qual se debia esperar que

no

no consentiria que la falsa nueva de la muerte de Nisida, á noticia de Timbrio con mas verdadera relacion no viniese antes que la desesperacion le acabase; y que de Nisida se podia creer y congeturar, que por ver á Timbrio ausente se habria partido en su busca; y que si entonces la fortuna por tan extraños accidentes los habia apartado, agora por otros no menos extraños sabria juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dixeron, le consolaron algo, pero no de manera, que despertasen la esperanza de verse en la vida mas contenta, ni aun él la procuraba, por parecerle que la que habia escogido, era la que mas le convenia. Gran parte era ya pasada de la noche, quando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el dia quedaba, en el qual se habian de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apenas habia dexado la blanca aurora el enfadoso lecho del zeloso marido, quando dexaron los suyos todos los mas pastores de la aldea, y cada qual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Qual trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y qual con su tambo-

ri-

rino y flauta les daba la madrugada, aculla se oia la regocijada gayta, acá sonaba el acordado rabel, alli el antiguo salterio, aqui los cursados albogues, quien con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bayles, quien pulia y repulia sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla, de modo que por qualquier parte de la aldea que se fuese, todo sabia á contento, placer y fiesta. Solo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrias causaban suma tristeza; el qual, habiendose salido del aldea, por no ver hacer sacrificio de su gloria, se subió en una costezuela que junto la aldea estaba; y alli sentandose al pie de un antiguo fresno, puesta la mano en la mexilla, y la caperuza encajada hasta los ojos, que en el suelo tenia clavados, comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba, y quan sin poderlo estorbar, ante sus ojos habia de ver coger el fruto de sus deseos; y esta consideracion le tenia de suerte, que lloraba tan tierna y amargamente, que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara. A esta sazon, Damon y Tirsi, Elicio

y

y Erastro, se levantaron, y asomandose á una ventana que al campo salia, lo primero en quien pusieron los ojos, fue en el lastimado Mireno, y en verle de la suerte que estaba, conocieron bien el dolor que padecia, y movidos á compasion, determinaron todos de ir á consolarle, como lo hicieran, si Elicio no les rogára que le dexaran ir solo, porque imaginaba que por ser Mireno tan amigo suyo, con él mas abiertamente que con otro, su dolor comunicaria. Los pastores se lo concedieron, y yendo allá Elicio, hallóle tan fuera de sí, y tan en su dolor trasportado, que ni lo conoció Mireno, ni le habló palabra; lo qual visto por Elicio, hizo señal á los demas pastores que viniesen: los quales temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido, pues Elicio con priesa los llamaba, fueron luego allá, y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fixos en el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno, que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extraño embelesamiento, sino fue, que acabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes comenzó á decir: tú

eres

eres Silveria, Silveria? si tu lo eres, yo no soy Mireno; y si soy Mireno, tu no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues quién soy yo, desdichado? ó quién eres tú, desconocida? yo bien sé que no soy Mireno, porque tu no has querido ser Silveria, á lo menos la Silveria que ser debias, y yo pensaba que fueras. A esta sazon alzó los ojos, y como vió al rededor de sí los quatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dexar su amargo llanto, le echó los braños al cuello, diciendole: ay verdadero amigo mio! y como agora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas quando de Silveria, me veias favorecido: pues si entonces me llamaste venturoso, agora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que agora puedes darme: yo sí que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela mas la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado. Confuso me tienes, ó Mireno, respondió Elicio, de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho,

sa-

sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido. Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dexar de cumplir con lo que al amor debia; de do vengo á considerar, ó Elicio, que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fue fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecerme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, sino es con dexar en sus manos la vida. No está en términos la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podria ser que la mudanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tu la quisiste limpia y honestamente doncella, tambien la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entonces á tus buenos y honestos deseos. Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada. Esta mesma razon que has dicho, te condena, respondió Elicio: pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho, no debe de haber errado. Si no ha er-

errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba : y solo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, antes temiendome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mias, y que nunca á la suya habia llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaria, si conmigo no, con él, ni con otro alguno, aunque aventurára en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes : y debaxo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, qué razon hay que tal consienta? ó qué corazon que tal sufra? Aqui tornó Mireno á renovar su llanto, y aqui de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venia, porque las fiestas de su desposorio querian comenzarse. Pesabales á los pastores de dexar solo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aun Mireno dixo á Elicio, que se queria ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia

dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y le encargó, que do quiera que estuviese, le avisase de como le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel le rogó que en hallando comodidad, se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestras de mucho dolor y tristeza: el qual no se hubo bien apartado de su presencia, quando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venia, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venian escritos estos versos.

MIRENO A SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo mas de quanto tenia,
Pastora, agora te envia
Lo menos que le ha quedado:
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pe-

Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha,
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dexas,
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.

Tiempo fue ya que escucháras
El cuento de mis enojos,
Y aun si lloráran mis ojos,
Las lágrimas enjugáras:
Entonces era Mireno
El que era de tí mirado.
Mas ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durára aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño:
Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mala andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras
Y mis crédulos oidos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de veras:
Los bienes con su aparencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria,
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea,
Y un olvido en un momento
Desde la gloria al tormento
Al que en amar no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento estraño,
Que estoy ya dentro del daño,
Y no salgo del provecho:
Porque imagino que ayer
Era quando me querias,
O á lo menos lo fingias,
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas,
Y razones amorosas
Aún me suenan en el oido:
Estas memorias süaves
Al fin me dan mas tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.

Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus dias,
Si á Mireno no querias
Sobre todo quanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,
Me tenias por tu bien?

O que títulos te diera
De ingrata, como mereces,
Si como tú me aborreces,
Tambien yo te aborreciera!
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte,
Que estimo mas el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.

Tris-

Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera,
Invierno á mi primavera,
Y á mi risa amargo llanto:
Mi gasajo ha vuelto en luto,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores,
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás, y esto me daña,
Que es el haberte casado,
Y el haberme asi olvidado
Una honesta honrosa hazaña.
Disculpa fuera admitida,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas enfin tu gusto fue
Gusto, pero fue justo,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe:
La qual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza,
Ni la muda tu mudanza,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender,
Cierto estoy que no se asombre,
Viendo al fin que yo soy hombre,
Y tú, Silveria, muger:
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada,
Y de serlo arrepentida,
Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada:
Procura alegre llevallo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.

Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable ser,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana:
Y asi por estraña cosa
Dirá aquel que de tí hable:
Hermosa, pero mudable,
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habian hecho, considerando con quanta presteza la mudanza de Silveria, le habia traido á punto de desamparar la amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mesmo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, quanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se habia visto: que por ser Daranio uno de los mas ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda, ó la mas pastoria de aquellos contornos, y asi se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras, y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo, y el zeloso Orfenio, el ausente Crisio, y el desamado Marsilio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al zeloso Orfenio la insufrible rabia de los zelos, siendo

enamorado de la hermosa pastora Eandra, al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora, á quien él por único bien suyo tenia, y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una mesma aldea, y la pasion del uno el otro no la ignoraba, antes en dolorosa competencia muchas veces se habian juntado á encarecer cada qual la causa de su tormento, procurando cada uno mostrar como mejor podia, que su dolor á qualquier otro se aventajaba, teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado, y tenian todos tal ingenio, ó por mejor decir tal dolor padecian, que como quiera que le significasen, mostraban ser el mayor que imaginarse podia: por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en todas las riberas de Tajo, y habian puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos, y viendolos alli juntos, unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos, principalmente todos con admiracion miraban á los dos pastores Tirsi y Damon hasta alli dellos solamente por fama conocidos. A esta sazon salió el rico pastor Daranio, á

la serrana vestido, traía camisa alta, de cuello plegado, almilla de frisa, sayo verde escotado, zaraguelles de delgado lienzo, antiparas azules, zapato redondo, cinto tachonado, y de la color del sayo una quarteada caperuza. No menos salió bien aderezada su esposa Silveria, porque venia con saya y cuerpos leonados, guarnecidos de raso blanco, camisa de pechos, labrada de azul y verde, gorguera de hilo amarillo, sembrado de argenteria, invencion de Galatea y Florisa que la vistieron, garbin turquesado con fluecos de encarnada seda, alcorque dorado, zapatillas justas, corales ricos, y sortija de oro, y sobre todo su belleza, que mas que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea, como sol tras el aurora, y su amiga Florisa, con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habian venido, entre las quales tambien iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida: y luego las pastoras, siguiendo á los pastores que guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hácia el templo se encaminaron: en el qual espacio le tuvieron Elicio y Eras-

tro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino mas que la larga peregrinacion de Ulises, y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio, le dixo: qué miras, pastor, si á Galatea no miras? pero cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus megillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el marmol de su pecho? Todo eso he podido ver, ó Erastro, respondió Elicio, y ninguna cosa de quantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que sino fuera tal como tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra. Bien dices, dixo Erastro; pero todavia no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo. No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo qualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; mas juntamen-

mente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor, con que yo pensé que á Galatea querias, porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está, trae consigo el hacer desear: asi que á este simple deseo por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con solo desear el cielo, le tuvieramos merecido: mas ya ves, Erastro, ser esto tan al reves, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo; sino que aunque la belleza le acarree este deseo, la ha de querer solamente por ser bueno, sin que otro algun interese le mueva, y este se puede llamar aun en las cosas de acá perfeto y verdadero amor, y es digno de ser agradecido y premiado; como vemos que premia conocida y aventajadamente el hacedor de todas las cosas aquellos que sin mo-

ver-

verles otro interese alguno de temor, de pena, ó de esperanza de gloria le quieren, le aman, y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado, y esta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra, y en el humano tambien, quando no se quiere mas de por ser bueno lo que se ama, sin haber error de entendimiento, porque muchas veces lo malo nos parece bueno, y lo bueno malo, y asi amamos lo uno, y aborrecemos lo otro, y este tal amor no merece premio, sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho, ó Erastro, que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea, con intencion de gozarla, y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud, su acrecentamiento de fama, su salud, su vida y bienes, entiende que no amas como debes, ni debes ser remunerado como quieres. Quisiera Erastro replicar á Elicio, y darle á entender como no entendia bien del amor con que á Galatea amaba; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio, el qual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio, y regocijar la fiesta con su canto; y asi puesto delante de los despo-

sa-

sados, entanto que al templo llegaban, al son del rabel de Eugenio estos versos fue cantando.

LENIO.

Desconocido, ingrato amor, que asombras
A veces los gallardos corazones,
Y con vanas figuras, vanas sombras
Pones al alma libre mil pasiones:
Si de ser dios te precias, y te nombras
Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere á nuevo ñudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza:
Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve!

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos,
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos

Do

Do el yugo conyugal á dos anida:
Encierrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Vayan á gozar comó se espera
De la agradable eterna primavera.

Dexa las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y exercicio:
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Sino las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aqui puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder marabilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia zelosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo;

Bien

Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo:
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se marabillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con quanta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamandole dios, y de mano poderosa; cosa que jamas le habian oido decir: mas habiendo oido los versos con que acabó su canto, no pudieron dexar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasára, él pusiera al amor como otras veces solia; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y asi llegados al templo, y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho ñudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni sin dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero á todo dolor sobrepujára el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallára

pre-

presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañia que habian llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer publicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecia, entretexidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Alli pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen menos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que mas autorizó la fiesta, fue ver que en alzandose las mesas, en el mesmo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los quatro discretos y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenian de escucharles, querian

alli

alli en público recitar una Egloga, que ellos mesmos de la ocasion de sus mesmos dolores habian compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampoña de Erastro, y la lira de Lenio, y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y marabilloso silencio; el primero que se mostró en el humilde teatro, fue el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo box en la mano, el remate del qual era una fea figura de la muerte, venia con hojas de funesto cipres coronado, insinias todas de la tristeza que en él reynaba por la inmatura muerte de su querida Listea; y después que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:

El

El ayre os impide que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y si quiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sugeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablabades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Sereis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgais, palabras, temblando,
Con quales podreis decir lo que siento?
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse qual es al vivo pintado:
Mas ay, que me falta el como y el quando
De significar mi pena y mi mengua!
Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.

O muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,

Y haces iguales á Henares, y al Nilo:
Porqué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel? porqué á mi despecho
Probaste en el blanco y mas lindo pecho
De tu fiero alfange la furia y el filo?

En qué te ofendian, ó falsa, los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera?
Porqué te mostraste con ella tan fiera?
Porqué en el suyo creciste mis daños?
O mi enemiga, y amiga de engaños!
De mí, que te busco, te escondes y ausentas?
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que mas teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir ha poco que gusta:
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Y mando ni ruego jamas la doblega,
Asi con rigor la flor tierna siega
Como la caña ñudosa y robusta.

Quando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brio,

Tu ira, tu mando, tu señorio
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donayre, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga
Que es insufrible á mis hombros su carga,
Que es muerte la vida del que es desdichado:
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quien espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

O vos que sentis qué cosa es dolores!
Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus brios,
Vereis que los vuestros son mucho menores:
Do estais agora, gallardos pastores?
Crisio, Marsilio y Orfenio, qué haceis?
Porqué no venis? porqué no teneis
Por mas que los vuestros mis daños mayores?

Mas quién es aquel que asoma y que quiebra
Por

Por la encrucijada de aqueste sendero?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra,
A este le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aun no es qual la mia su suerte tan negra.

El piensa que el alma, que el alma le aqueja,
Es mas que el dolor de mi desventura.
Aqui será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja
Mas ay! que á la pena que nunca me dexa,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza.
Mirad que la dureza

De la enemiga mia
En el ayrado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está qual ser solia:
Huigamos, si es posible,
Del aspero rigor suyo terrible.

A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,
Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme.
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita,
El fiero y blanco Scita,
Un solo punto mi dolor alivia:
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aqui, y alli me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor, ni esperanza
Un término dichoso

Me

Me pueda prometer en tal porfia:
Belisa, luz del dia,
Gloria de la edad nuestra,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor ayrado de tu diestra;
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frio.

Mas sorda á mi lamento,
Mas implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Marmol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca:
Todo es blando y süave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado,
Mi inexôrable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,

Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,
Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño
Entanto que en el suelo
La cubriere mortal corporeo velo.

Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y alli se enciende
Con el helado frio:
Mirad que desvario,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que mas quisiere aventajarse.

Mas quién es el que mueve

Las

Las ramas intrincadas
Deste acopado mirto, y verde asiento?

Oromp. Un pastor, que se atreve
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por mas que tu le estimes,
Levantes y sublimes.
Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mesmo serás dello testigo.
Si de las ansias mias,
Si de mi mal insano
La mas mínima parte conocieras,
Cesaran tus porfias,
Orompo, viendo llano
Que tú penas de burla, y yo de veras.
Oromp. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mio menoscaba,
Que la vida me acaba,
Que yo espero sacarte deste engaño,
Mostrando al descubierto

Que el tuyo es sombra de mi mal que es cierto:
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece:
Escuchemosle ahora,
Que su cansada pena
No menos que la tuya le engrandece.

Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos y enteraros
De que sola la mia es desventura.

Oromp. Atiende ahora, Marsilio,
Lo voz de Crisio, y lamentable estilo.

CRISIO.

Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!
Quan fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte,
Que quando con mayor rigor sentencia,
Qué puede mas su limitada suerte
Que deshacer el ñudo y recia liga,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga?

Tu

Tu duro alfange á mayor mal se extiende,
Pues un espiritu en dos mitades parte.
O milagros de amor, que nadie entiende,
Ni se alcanzan por ciencia ni por arte,
Que dexe su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Mas fragil, con la qual mas mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente!

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mia,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de alli no pasó la fantasia:
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasia,
Yo los vi desdichado, y no los veo,
Y matame de verlos el deseo.

Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con ligereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente;
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme levantado ardiente
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable:
Muertes, desvios, zelos, inclemencia
De ayrado pecho, condicion mudable,
No atormentan asi, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causára,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara:
Mas cese aqui mi canto lastimero,
Que á compañia tan discreta y rara
Como es la que alli veo, será justo
Que muestre al verla mas sobroso el gusto.

Orom-

Oromp. Gusto nos dá, buen Crisio, tu presencia,
Y mas viniendo á tiempo, que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.
Cris. Orompo, si es tu gusto, comencémos,
Pues que juez de la contienda nuestra
Tan recto aqui en Marsilio le tendremos.
Mars. Indicio dais, y conocida muestra
Del error, en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra;
Pues quereis que á los mios preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,
Harto llorados, mas que conocidos.
Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Quanto vuestro dolor es menos grave,
Que las ansias que el alma me rodean,
La mas pequeña que en mi pecho cabe,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Asi como mi ingenio torpe sabe.
Y dexaré á vosotros la sentencia,
Y el juzgar si mi mal es muy mas fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia:
O el amargo espantoso de la muerte,
De quien entrambos os quejais sin tiento,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.
Oromp. Deso yo soy, Marsilio, muy contento,
Pues la razon que tengo de mi parte,

El

El triunfo le asegura á mi tormento.
Cris. Aunque de exâgerar me falta el arte,
Vereis quando yo os muestre mi tristeza,
Como quedan las vuestras á una parte.
Mars. Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora? que es, con ser tan dura,
Señora universal de la belleza
Oromp. O á que buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio! veisle asomado? estad atentos,
Oireisle ponderar su desventura.
Zelos es la ocasion de sus tormentos,
Zelos, cuchillo, y ciertos turbadores
De las paces de amor, y los contentos.
Cris. Escuchad, que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

O sombra escura, que contino sigues
A mi confusa triste fantasia,
Enfadosa tiniebla, siempre fria,
Que á mi contento y á mi luz persigues:
Quando será que tu rigor mitigues,
Monstruo cruel, y rigurosa harpia?
Qué ganas en turbarme el alegria?
O qué bien en quitarmele consigues?
Mas si la condicion de que te arreas

Se

Se estiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya, y te ha engendrado;
No me debe admirar que de mi seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.
Oromp. Si el prado deleytoso,
Orfenio, te es alegre qual solia
En tiempo mas dichoso,
Ven pasarás el dia
En nuestra lastimada compañia.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda facilmente,
Ven, que aqui se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente.
Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada qual pretende
Mostrar, que solo es mal el que le ofende.
Yo solo en este caso
Contrario habré de ser á ti y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podre encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte dellos.
Orfen. No al gusto le es sabrosa

Asi á la corderuela desambrida
La yerva, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida:
Como es á mi sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.
Calle su mal sobrado,
Orompo, encubra Crisio su dolencia,
Marsilio esté callado:
Muerte, desden, ni ausencia,
No tengan con los zelos competencia.
Pero si el cielo quiere
Que hoy salga á campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua, ó diestra.
Que no está la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.
Cris. Siento, pastor, que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras

Da-

Dará mil muestras de tu desvario. (po,
Orfen. Templa ese brio, ó muestralo á su tiem-
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoxa,
Que el alma que afloxa con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.
Cris. Es mi tormento tan estraño y fiero,
Que presto espero que tú mesmo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.
Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.
Oromp. Aun engendrado pienso que no estaba,
Quando sobraba en mí la desventura.
Orfen. En mí se apura la mayor desdicha.
Cris. Tu mal es dicha, comparado al mio.
Mars. Opuesto al brio de mi mal estraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.
Oromp. Esta maraña quedará muy clara,
Quando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mio doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y quando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Vi su flor maravillosa

En

En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte
Cortómela de envidiosa.

Yo quedé qual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor,
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:
Y aun le quita la esperanza
De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.

Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy mas penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene:
Mas ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura!

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar, donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos
Que el corazon me han herido:
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enxuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.

Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedára al fin satisfecho:
Porque viera que valia
Mi enamorada porfia
Con quien es tan desabrida,
Que á mi yelo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.

Pues si es el trabajo vano

De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
A mi dolor inhumano
Quál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta
Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mia en mas entereza
Quando mas me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazon
El fruto que se debia
A mi continua pasion,
Una súbita ocasion
De gozarla me desvia;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dexado.

Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo
En alivio se convierte,

Y un corazon duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:
Mas en ausencia se siente
Con un estraño accidente,
Sin sombra de ningun bien,
Zelos, muertes y desden,
Que esto y mas teme el ausente.

Quando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige mas el tormento,
Y alli llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia mas mortales.

ORFENIO.

El fruto que fue sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazon llegado
Fue con próspero destino
En mi poder entregado:
Y apenas pude llegar

Á términos tan sin par,
Quando viñe á conocer
La ocasion de aquel placer
Ser para mí de pesar.

Yo tengo el fruto en la mano,
Y el tenerle me fatiga,
Porque en mi mal inhumano
A la mas granada espiga
La roe un fiero gusano:
Aborrezco lo que quiero,
Y por lo que vivo muero,
Y yo me fabrico y pinto
Un revuelto laberinto,
De do salir nunca espero.

Busco la muerte en mi daño,
Que ella es vida á mi dolencia,
Con la verdad mas me engaño,
Y en ausencia y en presencia
Va creciendo un mal tamaño.
No hay esperanza que acierte
A remediar mal tan fuerte,
Ni por estar ni alejarme
Es imposible apartarme
Desta triste viva muerte.

OROMPO.

No es error conocido
Decir que el daño que la muerte hace,
Por ser tan extendido
En parte satisface,
Pues la esperanza quita
Que el dolor administra y solicita?

Si de la gloria muerta
No se quedára viva la memoria
Que el gusto desconcierta,
Es cosa ya notoria
Que el no esperar tenella
Templa el dolor en parte de perdella.

Pero si está presente la memoria,
La memoria del bien ya fenecido
Mas viva y mas ardiente
Que quando poseido,
Quién duda que esta pena
No está mas que otras de miserias llena?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por estraña via
Huirsele delante
Al fenecer del dia
El alvergue esperado,
Y con vana presteza procurado,

Quedaria sin duda
Confuso del temor, que alli le ofrece
La escura noche y muda,
Y mas sino amanece,
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.

Yo soy el que camino
Para llegar á un alvergue venturoso,
Y quando mas vecino
Pienso estar del reposo,
Qual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Qual raudo y hondo rio
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frio
Le tiene en campo raso,
Y el alvergue delante
Se le muestra de alli poco distante:

Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolixa ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediára mis enojos.

Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta,
Que los hace mayores,
Pues por causa secreta,
Quanto el bien es cercano,
Tanto mas lejos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico alvergue de mil bienes lleno,
Triunfé de su conquista,
Y quando mas sereno
Se me mostraba el hado,
Vilo en escuridad negra cambiado.

Alli donde consiste
El bien de los amantes bien queridos,
Alli mi mal asiste,
Alli se ven unidos
Los males y desdenes
Donde suelen estar todos los bienes.

Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro,
Por mi dolor fundada
De tan estraño muro,
Que pienso que le abaten
Quantos le quieren, miran, y combaten.

OROMPO.

Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo, dando vuelta al cielo
Despues de haber tocado en cada sino;
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente,
Por mas que el bien hablar levante el vuelo.
Tú dices, Crisio, que el que vive ausente,
Muere: yo, que estoy muerto, pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente:
Y tú, Marsilio, afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza,
Pues un fiero desden es tu homicida:
Tú repites, Orfenio, que la lanza
Aguda de los zelos te traspasa,
No solo el pecho, que hasta el alma alcanza.
Y como el uno lo que el otro pasa,
No siente; su dolor solo exâgera,
Y piensa que al rigor del otro pasa.
Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.
Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto

A mayor sentimiento nos condena.
Quanto puede decir la lengua, y quanto
Pueden pensar los tristes pensamientos,
Es ocasion de renovar el llanto.
Cesen pues los agudos argumentos,
Que enfin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.
Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.
Desdichado del triste sin ventura
Que padece de zelos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura:
Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables dias,
Llegado al flaco arrimo de paciencia:
Y no menos aquel que en sus porfias
Siente, quando mas arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frias.
Cris. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora.
Y entanto que al alvergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado:
Con voz amarga y lamentable queja,

Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.
Mars. Comienza pues, ó Crisio, y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su caliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningun bien que esperar.

En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado,
Temor de ser olvidado,
Zelos de agena presencia:
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos bien que esperar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Mas que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la dexa.

Quando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dexó:
El mal viene, y el bien se aleja
Con tan ligera corrida,
Que forma quejas la vida
De que la muerte la dexa.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por mas enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,

Que

Que espero y llamo á la muerte
Por mas vida y por mas bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO.

Zelos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran zelos amor,
Y que el amor zelos fuera.

Deste trueco grangeára
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevára:
Y aun fueran de tal manera
Los zelos en mi favor,
Que á ser los zelos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última cancion del zeloso Orfenio dieron fin á su Egloga los discretos pastores, dexando satisfechos de su discrecion á to-

todos los que escuchado los habian : especialmente á Damon y á Tirsi , que gran contento en oirlos recibieron , pareciendoles que de mas de pastoril ingenio parecian las razones y argumentos , que para salir con su propósito los quatro pastores habian propuesto. Pero habiendose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre qual de los quatro habia alegado mejor de su derecho , enfin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciendoles : que él para sí tenia que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo , ninguno fatiga tanto al enamorado pecho , como la incurable pestilencia de los zelos , y que no se podian igualar á ella la pérdida de Orompo , ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio : la causa es, dixo , que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas ; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible , claro está que quanto mas el deseo le sobrase , tanto mas el entendimiento le faltaria : y por esta mesma ra-

razon digo, que la pena que Orompo padece, no es sino una lástima y compasion del bien perdido: y por haberle perdido de manera, que no es posible tornarle á cobrar, esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razon, que dexe de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede, y que en efeto ha de dar muestras de su sentimiento con tiernas lágrimas, ardientes sospiros y lastimosas palabras so pena de que quien esto no hiciese, antes por bruto, que por hombre racional seria tenido: enfin, el discurso del tiempo cura esta dolencia, la razon mitiga, y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al reves en el ausencia, como apuntó bien Crisio en sus versos, que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo, dale terrible fatiga la dilacion de la tornada; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien, sino algun brazo de mar, ó alguna distancia de tierra, parecele que teniendo lo principal, que es la voluntad de la persona amada, que se hace notorio agravio á su gusto,

to, que cosas que son tan menos como un poco de agua ó tierra, le impidan su felicidad y gloria. Júntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado, las mudanzas de los humanos corazones; y en tanto que la ausencia dura, sin duda alguna que es estraño el rigor y aspereza, con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio, que consiste en la tornada, puedese llevar con algun alivio su tormento: y si sucediere ser la ausencia de manera, que sea imposible volver á la presencia deseada, aquella imposibilidad viene á ser el remedio, como en el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja, puesto que es como el mesmo que yo padezco, y por esta causa me habia de parecer mayor que otro alguno, no por eso dexaré de decir lo que la razon me muestra, antes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido; pero mayor seria amar, y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiasemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veriamos que todos los principios en qualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor,

amor, antes en ellos mas se confirma y fortalece: asi que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciendole que está obligada á amarme, porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesia no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante: que si esto asi fuese, mil enamorados importunos habria que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debria de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas, que la muevan é inclinen á quererme: y asi no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ven-

tura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y asi debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las exercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que este es tan principal remedio, que estoy por afirmar, que será imposible dexar de ser amado el que con tan justos medios procurare grangear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuelese Marsilio, y tenga lástima al desdichado y zeloso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor, que en las de amor imaginarse puede. O zelos turbadores de la sosegada paz amorosa! zelos, cuchillo de las mas firmes esperanzas! no sé yo qué pudo saber de linages el que á vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al reves, que por el mesmo caso dexára el amor de serlo, si tales hijos engendrára. O zelos, hipócritas y fementidos ladrones! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho, luego procurais mezclaros con ella, volviendoos de su color, y aun procurais

rais usurparle el mando y señorio que tiene: y de aqui nace que como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais á conocer que no sois el mesmo amor, todavia procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo como lo sois nacidos de una baxa sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados á los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilisimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos zelos, en siendo el amante zeloso, conviene con paz sea dicho de los zelosos enamorados; conviene, digo, que sea como lo es traydor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado: y á tanto se extiende la zelosa furia que le señorea, que á la persona que mas quiere, es á quien mas mal desea. Querria el amante zeloso que solo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo: desea que no tenga ojos para ver mas de lo que él quisiere, ni oidos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aun á veces desea, apretado des-

ta pasion diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los zelos en los ánimos de los amantes zelosos: al reves de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y comedidos amadores, porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discrecion, valentia, liberalidad, comedimiento, y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene mas asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le quadre: todo esto cabe en el enamorado zeloso, y mas; qualquiera sombra le espanta, qualquiera niñeria le turba, y qualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los zelos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo zeloso admitirlas, siguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y asi es mi parecer, que Orfenio es el mas penado, pero no el mas enamorado; porque no son los

los zelos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta: y asi el enamorado zeloso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser zeloso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el qual sin llegar á la escuridad de los zelos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado; porque como dice un comun proverbio nuestro: quien bien ama, teme; y aun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la miráre: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda, y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los

tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrian ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dichoso estado que goza : y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga á la lengua para decirle, ni aun á los ojos para significarle : y hace tan contrarios efetos este temor del que los zelos hacen en los pechos enamorados, que cria en ellos nuevos deseos de acrecentar mas el amor si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrandose liberales, comedidos, galanes, limpios, y bien criados: y tanto quanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y mas es digno que los zelos se vituperen. Calló en diciendo esto el famoso Damon, y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habian, dexando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les habia mostrado. Pero no se quedára sin respuesta, si los pastores Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática: los quales, cansados de la recitada Egloga, se habian ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto, ya que los bayles y danzas

zas querian renovarse, vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores, que luego de todos fueron conocidos; los quales eran, el gentil Francenio, el libre Lauso, y el anciano Arsindo, el qual venia en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos, y atravesando por medio de la plaza, vinieron á parar adonde Tirsi, Damon, Elicio, y Erastro, y todos los mas principales pastores estaban, á los quales con corteses palabras saludaron, y con no menor cortesia fueron dellos recebidos, especialmente Lauso de Damon, de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos, puestos los ojos Arsindo en Damon y en Tirsi, comenzó á hablar desta manera: la fama de vuestra sabiduria, que cerca y lejos se extiende, discretos y gallardos pastores, es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido; y es, que la fiesta pasada Francenio y Lauso que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las quales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre

otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenia, fuese segun él dice la tesorera de los secretos de su alma, y la que por mas discreta y mas enamorada en la opinion de todos estaba. Llegandose pues al oido, le dixo:

Huyendo va la esperanza.

La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto; hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo:

Tenella con el deseo.

Fue celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta; pero el que mas la solenizó, fue el pastor Lauso, y no menos le pareció bien á Francenio: y asi cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran versos medidos, se ofreció de glosallos; y despues de haberlo hecho, cada qual procura que su glosa á la del otro se aventaje;

Josef. Vimeno le inv. y dib.

Simon Brescia la grabo 1[illegible]

je ; y para asegurarse desto , me quisieron hacer juez dello ; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen , de cuya extremada ciencia y sabiduria qüestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer , y yo he querido tomar trabajo de hacer esta guirnalda , para que sea dada en premio al que vosotros, pastores , viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo , y esperó la respuesta de los pastores, que fue agradecerle la buena opinion que dellos tenia ; y ofrecerse de ser jueces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro , luego Francenio tornó á repetir los versos , y á decir su glosa , que era esta.

Huyendo va la esperanza,
Tenella con el deseo.

GLOSA.

Quando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer,
Y las sobras del pesar:

Mue-

Muerese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.

Huye, y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dexando por mas castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo:
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible,
Y en su ligereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya, que asi decia.

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os ví,
Luego temí y esperé;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé:
De veros esto se alcanza,
Una flaca confianza,

Y un temor acobardado,
Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.

Y aunque me dexa y se va
Con tan estraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo,
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querria, aunque pudiese,
Tenella con el deseo.

En acabando Lauso de decir su glosa, dixo Arsindo: veis aqui, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: solo resta agora, que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con mas justo título la merece, que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendran por bien lo que por vosotros fuere juzgado. No entiendas Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran

ran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas: lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagadnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrandolas con vuestras agradables canciones, y autorizandolas con vuestra honrosa presencia. A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores, que á Lauso conocian, se marabillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua, y en la contienda que con Francenio habia tomado, que no estaba su voluntad tan exênta como solia, y andaba entre sí imaginando, quien podria ser la pastora que de su libre corazon triunfado habia. Quien imaginaba que la discreta Belisa: y quien que la gallarda Leandra, y algunos que

la

la sin par Arminda, moviendoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenia de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso: y desta duda tardaron muchos dias en certificarse, porque el enamorado pastor, apenas de sí mesmo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el Ocaso, cesaron las concertadas voces; y todos los que alli estaban, determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi habia prometido, en el espacio que habia desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro estos versos fue cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso dia:
Celebrese en todo el suelo

Es-

Este alegre casamiento
Con general alegria:
Cambiese de hoy mas el llanto
En suave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares,
Que destierren el quebranto.

Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos:
Peras les ofrezca el olmo,
Cerezas los carrascales,
Guindas los mirtos floridos:
Hallen perlas en los riscos,
Uvas les den los lentiscos,
Manzanas los algarrobos,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen mas sus apriscos.

Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras,
Con que doblen su ganancia:
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia:

Lo-

Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon:
No entre en sus viñas pulgon,
Ni en su trigo la neguilla.

Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor,
Quanto pueden desear:
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno dotor,
Y otro cura del lugar:
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros;
Que si serán, y aun señores,
Sino salen fiadores
De agudos alcabaleros.

Mas años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada,
Que dello pese al dotor,
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada,
Ni por hijo jugador:
Y quando los dos estén
Viejos qual Matusalen

Mue-

Mueran sin temor de daño,
Y haganles su cabo de año
Por siempre jamas amen.

Con grandisimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo, en los quales mas se alargára, sino lo impidiera el llegar á la casa de Daranio : el qual convidando á todos los que con él venian, se quedó en ella ; sino fue que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisiera Elicio y Erastro, acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiese, y asi se hubieron de quedar con sus amigos : y ellas se fueron cansadas de los bayles de aquel dia. Y Teolinda con mas pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habian acudido, solo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañia de Galatea y Florisa, que con mas libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero dia les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

86B/265

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

600705460

i26570257

86

CERVAN
LA
GALATEA

I

265

colorchecker CLASSIC
calibrite
mm